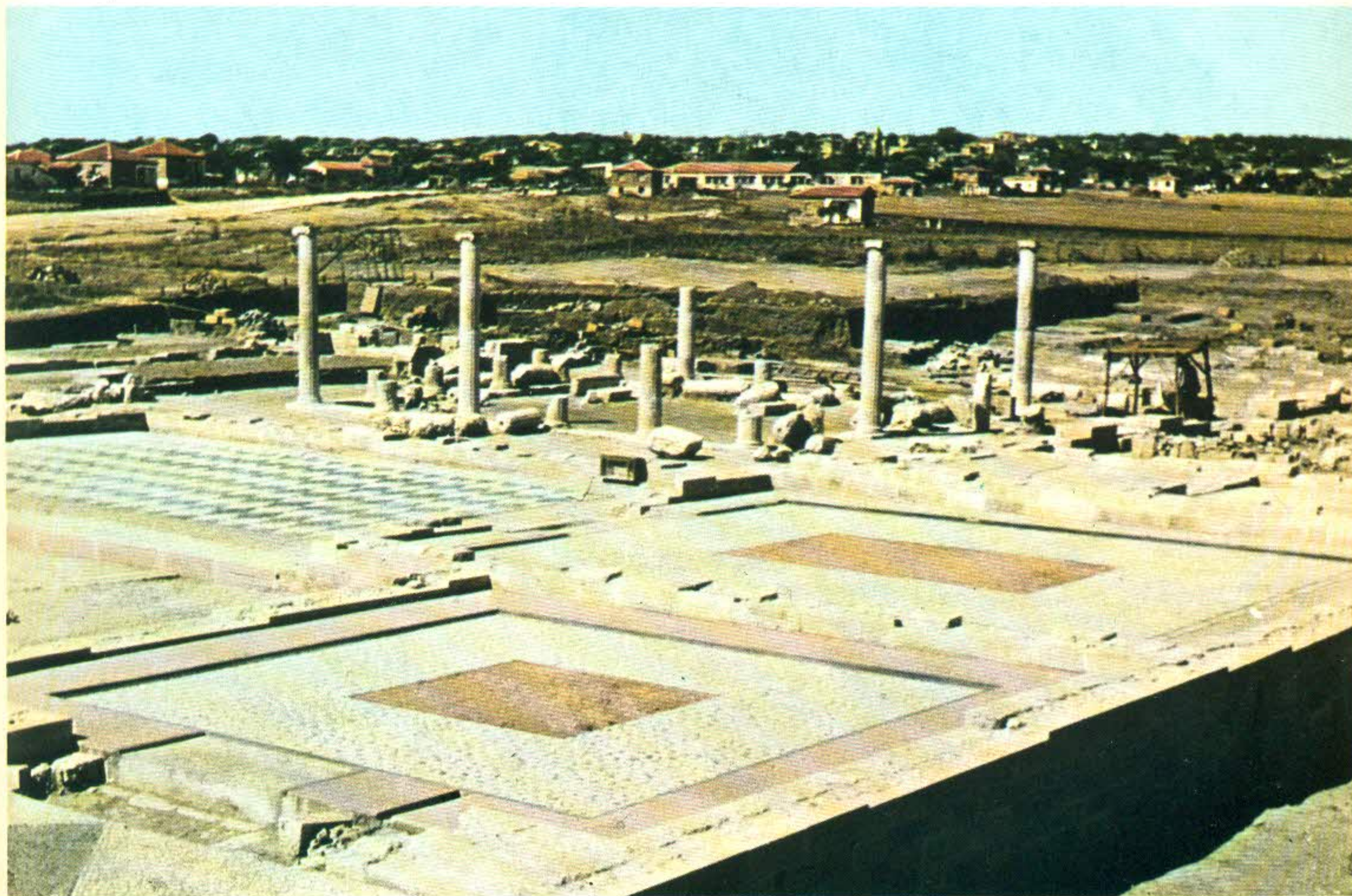


Ruinas de una casa de la ciudad de Pella, capital de Macedonia, residencia desde Filipo II de los reyes del país. En esta ciudad nació Alejandro Magno.

Alejandro Magno

Filipo de Macedonia fue asesinado en Ega, la antigua capital de su reino, en octubre del año 336 a. de J. C. Por aquellos días, Alejandro, su hijo, acababa de cumplir los veinte años. A su vez, Alejandro murió en junio del 323, o sea doce años y ocho meses después de su padre. En este corto período de tiempo conquistó un imperio mayor que el territorio actual de los Estados Unidos de América, recorrió distancias enormes, peleó en persona en dificilísimas campañas y siempre con un mismo propósito: el de fundir las razas de Asia para hacerles aceptar un mínimo de la civilización occidental que había empezado a florecer en Grecia. El episodio es tan extraordinario, que vale la pena de que nos detengamos a estudiarlo. A primera vista parece algo teatral, pero lo cierto es que Alejandro hizo cambiar los destinos de una gran parte de la Humanidad; además, para realizar este objetivo, la naturaleza produjo un ser excepcional. Alejandro será siempre el tipo del héroe generoso, del noble capitán cuyas virtudes, asociadas a bélicos instintos, le llevan a triunfar donde otros hubieran perecido. Su fama durante la Edad Media fue de caballero andante, invencible y piadoso, y el lector se queda sorprendido al leer los antiguos historiadores griegos y romanos de la vida de Alejandro y encontrarse con que esta idealización de la Edad Media no está muy apartada de la verdad.

Y pues que el individuo es lo más relevante en este caso y la personalidad de Alejandro es el factor principal de sus empresas, no podemos menos de estudiar al hombre y las causas de su carácter. Por de pronto, diremos algo de sus padres, de su educación y del medio en que se desarrolló.

Alejandro era hijo de Filipo y de Olimpia, dos temperamentos que podrían definirse como un hombre de claro talento y una

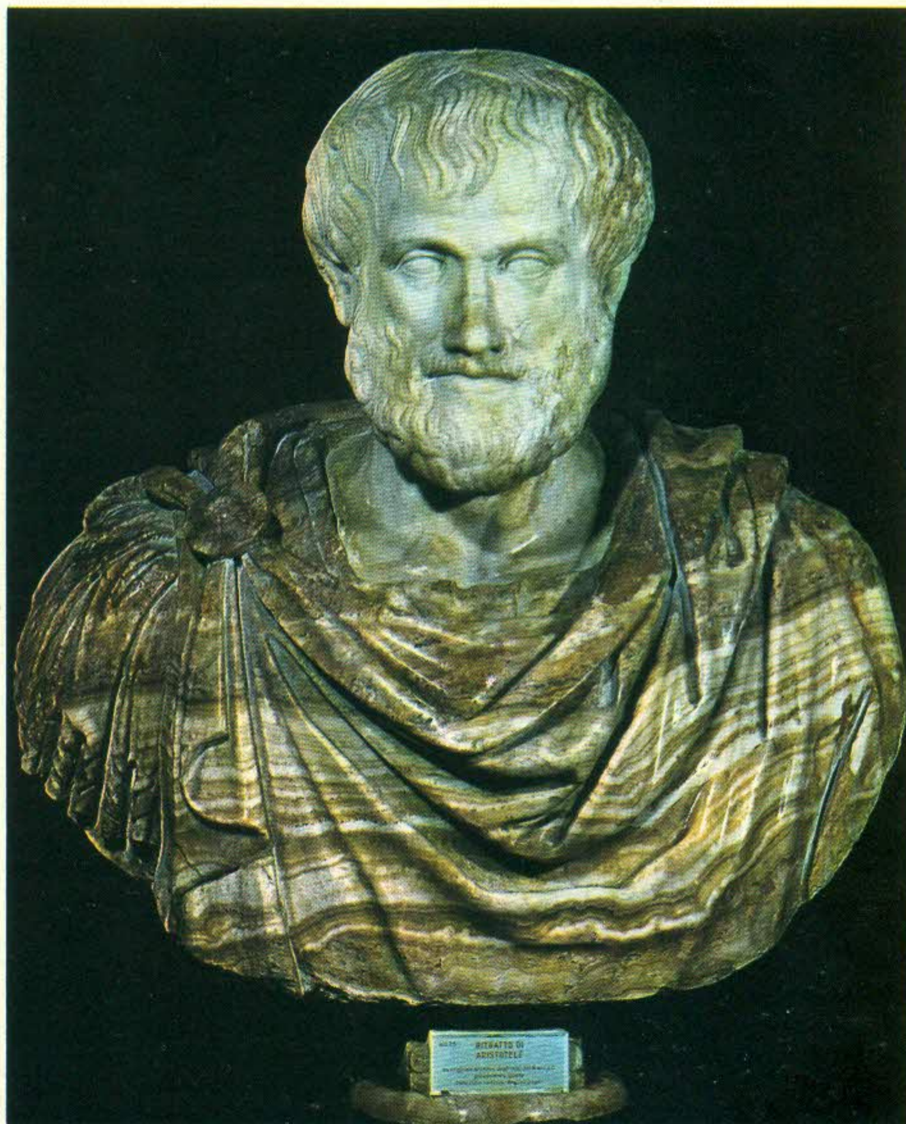


Vista de la región del Epiro atravesada por el río Thyamis. De esta región, a medio camino entre Grecia y Macedonia, era Olimpia, la madre de Alejandro. Bajo la influencia macedonia, el Epiro entró en el concierto de las naciones de su tiempo y su existencia fue una lucha por llegar a tener personalidad propia, lo cual logró bajo el reinado de Pirro. Liberada de la influencia macedonia, fue provincia romana.

desequilibrada. Filipo queda bien retratado en la Historia: es astuto y emprendedor, ambicioso y perspicaz; aprovecha siempre el momento oportuno para sus fines, nunca deja perder la ocasión ni llega nunca tarde; es despiadado y violento, pero conoce el valor de las ideas, como fuerzas imponderables de la humanidad, y se retira a tiempo delante de este algo superior que hoy llamaríamos el Espíritu. Su paciencia con Atenas, el respeto con que trató todas las cosas santas de Grecia, prueban que Filipo no era por ningún concepto el "bárbaro" que fustigaba Demóstenes.

Menos capaz de dominar sus pasiones era Olimpia. Filipo la conoció en una ocasión que había ido, como ella, a iniciarse en los misterios de la isla de Samotracia. Ambos eran jóvenes; Filipo, para casarse, tuvo necesidad del permiso del hermano de ella, que era rey del Epiro, la actual Albania. Huérfana de padre y madre, Olimpia había hecho el

Busto de Aristóteles, copia de un original del siglo III a. de J. C. (Museo de las Termas, Roma). Filipo II encargó al filósofo, originario de una colonia griega de Macedonia, la educación de su hijo. La correspondencia que Alejandro mantuvo siempre con su maestro demuestra lo hondo que caló en su espíritu la educación recibida.

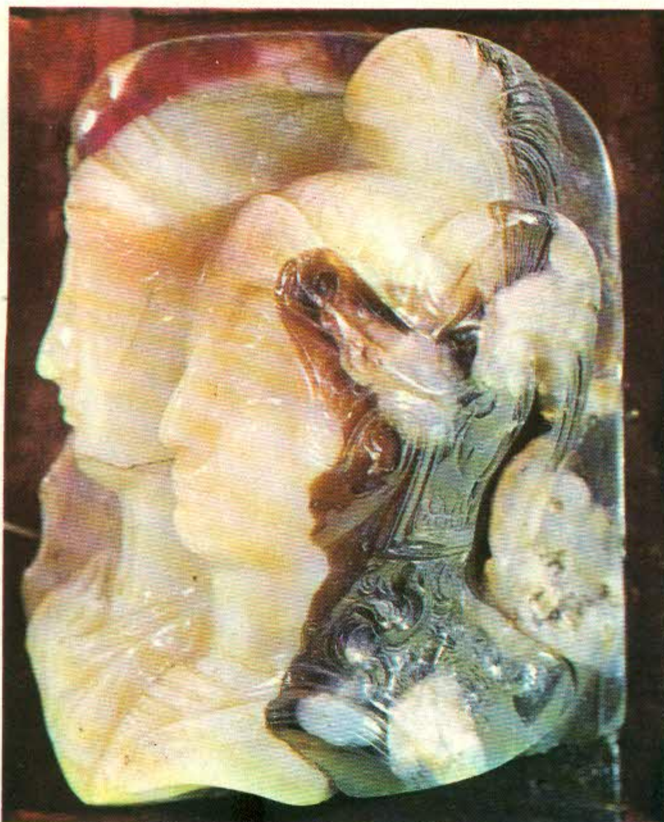


largo viaje a Samotracia para aprender de las religiones místicas de Grecia. Plutarco, que no rehúsa a Olimpia el calificativo de maga, completa nuestra información con este párrafo: "Adicta al entusiasmo de los ritos órficos y al culto furioso de Dionisos, imitó en muchas cosas a las mujeres tracias, exageradas en sus maneras de adoración y por todo extremo raras. Se dice que Olimpia, afectando un celo anormal en sus estados de inspiración y éxtasis, se hacía acompañar de grandes serpientes, que, medio escondidas entre la hiedra, y a veces enroscadas en los tirsos que llevaban las mujeres que danzaban en torno suyo, se aparecían como horrorosa visión a los hombres que asistían a las ceremonias".

Tal era Olimpia, la madre de Alejandro y esposa de Filipo. No es de extrañar, pues, que el práctico y sensual macedonio se cansara pronto de su extraña mujer y buscara a menudo compañías más placenteras. Por fin, sin repudiar a Olimpia, decidió, cuando ya tenía cuarenta años, casarse con una joven macedonia, de la que esperaba sucesión. Olimpia no le perdonó esta ofensa; por de pronto se retiró al Epiro, pero al año siguiente reapareció en la corte y es probable que ella fuese la mano oculta que guió el puñal del asesino de Filipo.

De tal pareja de seres extremados nació Alejandro. Curioso resulta advertir en él la herencia de los caracteres de sus padres, sublimados, reforzados, depurados por las leyes del cruzamiento. Alejandro era rubio, de piel blanca, algo colorada en la cara y el pecho. Aristoxeno decía que la piel de Alejandro exhalaba un olor agradable, y como, según Teofrasto, los perfumes son producidos por la ebullición de los humores con el calor, esto hace decir al bueno de Plutarco que el olor de Alejandro era debido al calentamiento de los humores de su cuerpo por la violencia de su carácter. Era alto, bien formado, casi un prototipo de belleza. Su resistencia física superaba a la de todos los soldados y generales de su ejército. En las batallas se le veía siempre en primera fila y recibió heridas muy graves, de las que sanó sin dificultad.





Camafeo con las efigies de Alejandro y su madre Olimpia (Museo Arqueológico Nacional, Florencia). Ésta, hija del rey de una de las tribus que poblaban el Epiro, fue dada a Filipo II en matrimonio y de esta unión nació Alejandro.

En la India una azagaya le atravesó el pulmón, y aunque entonces estuvo a punto de perecer, a las pocas semanas pudo dirigir otra vez la marcha de sus tropas a través del desierto de Beluchistán, en la costa entre la Arabia y la India.

Pero a diferencia de Filipo, que tenía la vanidad de ganar las carreras de caballos, Alejandro detestaba el atletismo profesional. No sabía nadar; sus ejercicios predilectos eran el juego de pelota, la caza y el montar a caballo. Siendo aún niño, fue capaz de domar al potro Bucentauro, que nadie había podido montar; porque Alejandro se dio cuenta de que el corcel se espantaba de su propia sombra, y así, poniéndole de cara al sol, consiguió hacerse dueño del bruto, con

LA ADMINISTRACION DEL IMPERIO DE ALEJANDRO

Alrededor del rey había una corte importante, que era la que verdaderamente gobernaba el Imperio. Junto con esta corte existía otro organismo central, el ejército. Los recursos del tesoro estatal eran variados. Los impuestos, diferentes según cada región del Imperio.

Macedonia pagaba muy poco: algunos impuestos indirectos y la liturgia. Las ciudades griegas abonaban la *syntaxis* federal, según lo estipulado en el Congreso de Corinto. En Asia Menor se pagaban tributos sobre la propiedad inmobiliaria, aduanas, venta de botín, prisioneros y, en suma, sobre medios diversos. En el Asia central, como no había ninguna organización, Alejandro se limitó a exigir una suma global, sin precisar los medios para conseguirla. Debido a los enormes gastos, estas sumas resultaban insuficientes. La administración financiera era bastante variable. A partir del 330 a. de J. C. se puede describir del siguiente modo:

El Imperio estaba dividido en cuatro partes: Egipto, Asia Menor, Siria y Babilonia, y cada una de ellas tenía un jefe. Las antiguas satrapías persas persistían, con sendos tesoreros generales encargados de administrar los recursos reales. Esta administración no abarcaba Grecia, Macedonia y el Asia oriental, que se regían de forma diferente.

Alejandro no trató nunca de realizar una centralización imposible. Su idea era dejar subsistir la antigua administración persa e introducir algunas modificaciones que no alterarían la anterior estructura. Las atribuciones de los funcionarios nombrados por el rey no eran iguales en todas partes.

Las provincias más alejadas se regían por sistemas especiales. En general, para todo el Imperio la base era la satrapía. A veces, el sátrapa era el único delegado del poder central. Este sátrapa era o macedonio u oriental. A finales del reinado de Alejandro fueron nombrados elementos griegos en número cada vez mayor para este cargo. Al lado del sátrapa había un auxiliar *(hyparca)* o varios cuando la satrapía era de gran extensión.

El antiguo poder militar de los sátrapas fue suprimido por Alejandro, quedando reducidos al carácter de gobernadores civiles. No obstante, había algunas excepciones, como el sátrapa de Frigia, que tenía mando militar. Al lado del sátrapa estaban colocados un estratego y un tesorero. En conjunto se contaban veinte satrapías (siete en Asia Menor, una en Siria, seis en Babilonia y seis en Oriente). Las otras regiones estaban sometidas a regímenes diversos. La Caria era un protectorado dirigido por su antigua reina. Fenicia y Chipre dependían directamente del rey. En ambas zonas los príncipes y villas de estas regiones conservaban su independencia, pero tenían que enviar un tributo y colaborar con un contingente militar. Egipto tenía un sistema especial. El país estaba dividido en dos *nomachías*, correspondientes al Alto y Bajo Egipto, con dos gobernadores indígenas y otros dos macedónicos.

La zona del norte de la India la regía un gobernador militar, con amplia potestad en todo su dominio e incluso en las zonas vecinas, transformadas en protectorados. En muchas de estas regiones, Alejandro fundó villas que fueron siendo transformadas en importantes centros. Algunas estaban situadas en lugares de paso de caravanas y otras en las zonas fronterizas, con fines defensivos. A la cabeza de estas villas había un gobernador, cuyas atribuciones no se conocen bien.

Por último, Alejandro se preocupó de los problemas económicos de su Imperio. Hizo estudiar las posibilidades de cada zona, abrió nuevos canales y desecó algunas marismas. Por otro lado, la igualación del darico persa con la estatera macedónica facilitó las relaciones mercantiles en todo el Imperio al establecer una moneda única.

Desde el punto de vista comercial, la fundación de nuevas ciudades y la puesta en actividad de las rutas fluviales activaron el tráfico mercantil. En suma, las creaciones de Alejandro tendieron al acercamiento entre Oriente y Occidente, dando entrada a la época conocida con el nombre de helenística.

A. M. P.



Figurilla de Tanagra que representa a dos mujeres conversando (Museo Británico, Londres). A poco de subir al trono, Alejandro unió bajo su poder toda Macedonia. La destrucción de Tebas, capital de la Beocia, le dio paso libre a Grecia, con lo que su fuerza quedó consolidada antes de emprender la magna campaña de Asia.

gran sorpresa de Filipo y de otros hábiles jinetes que presenciaron el caso.

Filipo admiraba la elocuencia y componía sus discursos como un orador; en cambio, Alejandro improvisaba sus arengas, fiándose más que nada de su fuego pasional y de la simpatía que emanaba de su persona. Una vez que intentó averiguar el porvenir por medio del oráculo de Delfos, la sacerdotisa se negó a profetizar, hasta que casi a la fuerza hubo de exclamar: "¡Alejandro, eres irresistible!".

Al partir para la conquista del Asia, Alejandro quiso repartir sus bienes personales, que eran todos los del dominio real, entre sus compañeros de armas. Al preguntarle entonces uno de ellos qué era lo que se reservaba para sí, Alejandro respondió: "Nada más que mis esperanzas". "Nosotros–dijeron algunos de sus compañeros– queremos también participar de ellas..."; y así, por el botín y la gloria que esperaban ganar con Alejandro, rehusaron lo que les ofrecía. Sin ser, pues, un adepto de las artes mágicas, como su madre, tenía Alejandro bastante encanto natural para fascinar a amigos y enemigos.

Por lo que toca a su educación, en sus primeros años estuvo al cuidado de una nodriza, cuyo recuerdo cariñoso conservó siempre en medio de sus triunfos y expediciones. El primer preceptor, llamado Leónidas, fue escogido por su madre y de él se cuenta que una vez hubo de reñir a Alejandro porque prodigaba sin tasa el incienso en sus sacrificios a los dioses. Esto es todo lo que sabemos de él, así como que se hacía llamar "el ayo de Alejandro" y que le sobrevivió, a pesar de ser ya entrado en años cuando le



Detalle de la decoración del llamado "Vaso de los persas" que representa al rey Darío III sentado en el trono y rodeado de personajes de su reino (Museo Nacional, Nápoles). Darío III fue el último rey de los persas de la dinastía aqueménida. No pudo resistir el empuje de Alejandro, que le derrotó en Issos y Arbela, y huyó a Ecbatana, donde fue asesinado por el sátrapa de Bactriana.

tomó por discípulo. El segundo preceptor era ya un pedagogo culto; su nombre era Lisímaco, pero, aficionado a los apodos, se había dado a sí mismo el de *Fénix* y llamaba *Aquiles* a Alejandro, y a Filipo, su padre, *Peleo,* como el padre de Aquiles. Es curioso advertir que nombres retóricos parecidos se los dieron a sí mismo también Carlomagno y sus amigos de la escuela de palacio; el tipo del erudito entusiasta no ofrece, pues, gran variedad en la Historia.

Por fin, al llegar Alejandro a la pubertad, Filipo tomóle por su cuenta y le proporcionó un maestro de más elevada categoría: éste fue Aristóteles, quien se hallaba en lo mejor de sus años y cuya reputación no podía ser mayor. El padre de Aristóteles, llamado Nicómaco, había sido médico del padre de Filipo; existía, pues, un vínculo de afección entre Aristóteles y el rey de Macedonia. Aristóteles estableció su escuela lejos de la capital, cerca de las montañas de Tesalia, en el templo de



Estatua ecuestre de bronce, hallada en las ruinas de Herculano, que representa a Alejandro Magno en la batalla del Gránico (Museo Arqueológico Nacional, Nápoles). A orillas de este pequeño río del Asia Menor, que desemboca en el mar de Mármara, Alejandro logró en 334 antes de J. C. su primera victoria contra el ejército persa.

las Ninfas, del lugar de Mieza. Allí Alejandro, con algunos compañeros, varios de ellos también de estirpe regia, estuvo recibiendo durante cuatro años las lecciones de Aristóteles. Las clases se daban al aire libre, paseando a la sombra de las paredes del templo; siglos más tarde se enseñaban todavía los poyos de piedra donde se sentaba Aristóteles con sus discípulos durante los años de la escuela de Mieza. Se cuenta que un día Aristóteles preguntó a sus discípulos cómo se conducirían con él cuando fueran reyes. Uno dijo que le sentaría a su mesa, otro que le haría su ministro y tesorero; pero Alejandro, al llegarle su turno, contestó: "¿Cómo puedo saber lo que haré mañana?". "¡Bien dicho! –exclamó el maestro–; ¡muy bien dicho, Alejandro! Tú serás el mayor rey de los tres..."

La escuela real de Mieza, con Aristóteles, acaso fue la pauta que siglos más tarde trataron de seguir los príncipes del Renacimien-

LOS GRIEGOS Y PERSIA DESDE LA PAZ DEL REY (387 A. DE J. C.) HASTA LAS CONQUISTAS DE ALEJANDRO

IDEAL PANHELENICO DE ISOCRATES

380: Isócrates publica, tras diez años de trabajo, el "Panegírico", donde define lo griego frente a lo bárbaro, compara la triste realidad política de la sumisión al dictado persa con la evidente superioridad de los griegos en el campo de batalla y ataca ásperamente el sistema político de Esparta. Expone su tesis sobre la necesidad de una coalición panhelénica para luchar contra Persia; Atenas debe capitanear esta Liga..

373: Discurso "Plataico", atacando a la pujante Tebas.

355: "Sobre la paz", en que aconseja a Atenas una política de paz con respecto a los confederados rebeldes.

354: Discurso "Areopagítico", en que Isócrates sostiene la idea de restaurar la antigua autoridad moral del Areópago.

346: "Filipo". Isócrates, que saluda al macedonio como vencedor de los bárbaros del Norte, árbitro de las discordias entre los estados griegos y caudillo de la empresa panhelénica contra los persas, intenta formular un sistema político que armonice la necesidad de una monarquía unitaria para la lucha con el ideal político griego.

339: Discurso "Panatenaico", justificación del derecho de Atenas a ponerse al frente de los estados griegos en la lucha contra Persia.

338: Muerte de Isócrates.

PODER HEGEMONICO EN GRECIA

HEGEMONIA ESPARTANA (404-371)

HEGEMONIA TEBANA (371-362)

EPOCA DE FILIPO (359-336)

LIGA PANHELENICA

338-337: Después de la batalla de Queronea, congreso de paz en Corinto. El Synhedrion decide, a propuesta de Filipo, hacer la guerra a los persas, para vengar los santuarios destruidos por Jerjes: Filipo obtiene la dirección con el título de "estratego de los helenos" y recibe plenos poderes.

336: Asesinato de Filipo. Los miembros de la Liga corintia reconocen a Alejandro como sucesor de su padre en la dirección de la expedición contra los persas.

HITOS FUNDAMENTALES EN LAS RELACIONES

PAZ DEL REY

En 387, los enviados de los estados griegos que han luchado contra Persia se reúnen en Sardes para oír las condiciones de paz: "El rey Artajerjes considera que, en justicia, las ciudades de Asia, así como las islas de Clazomene y Chipre, le pertenecen, y que las demás ciudades griegas, pequeñas y grandes, deben ser autónomas, exceptuando Lemnos, Imbros y Sciros, que seguirán siendo posesiones atenienses. Si alguna ciudad se niega a aceptar esta paz, haré la guerra contra ella, junto con aquellos que la hayan aceptado, por tierra y mar, con mis buques y mis tesoros". Esparta es encargada de velar por el cumplimiento de las condiciones de paz.

371: Por iniciativa del gran rey, Esparta convoca un congreso de paz –renovación de las condiciones del 387–, que fracasa ante la posición de Epaminondas, que se niega a disolver la Liga beocia, instrumento del imperialismo tebano. Esparta, veladora de la Paz del Rey, se enfrenta a Tebas, violadora del principio de autonomía de todas las ciudades, y es vencida en Leuctra.

368: Los estados griegos se reúnen en un congreso de paz en Delfos, por iniciativa de Esparta, que cuenta con el apoyo persa y siracusano.

367: Pelópidas viaja a Susa en calidad de embajador, consiguiendo que Persia otorgue unas condiciones de paz muy favorables a Tebas, aunque la paz no se hace efectiva.

Artajerjes y Filipo concluyen un tratado de amistad y un pacto de no agresión: Filipo se compromete a no intervenir en Asia Menor, pero obtiene absoluta libertad para operar en la Grecia europea e insular. Es la anulación de la garantía de paz dada por los persas en 387.

Declaración de guerra de la Liga de Corinto a Persia.

Darío III Codomano aprovecha la expedición de Alejandro a los Balcanes para entrar en relaciones diplomáticas con Demóstenes, quien con dinero persa financiará a Tebas.

IMPERIO PERSA

ARTAJERJES II (404-359)

ARTAJERJES III (359-338)

DARIO III (336-330)

CAMPAÑAS DE ALEJANDRO EN ASIA

334: Alejandro parte de Anfípolis y cruza el Helesponto de Sestos a Abidos, sin hallar resistencia persa; victoria de Gránico; entrada en Efeso, sitio de Mileto y de Halicarnaso. 333: Alejandro avanza hacia Gordión, Ancira, Capadocia del Sur hasta el Tauro y las Puertas Cilicias; entrada en Tarso, capital de Cilicia, donde permanece dos meses enfermo; la escuadra persa de Memnón en el Egeo; enfrentamiento entre Alejandro y Darío en la batalla de Issos; Alejandro avanza hacia el Sur. 332: Alejandro ocupa la costa siria, asedio de Tiro (siete meses); Egipto se rinde sin resistencia y la población recibe a los macedonios como liberadores; entrada triunfal en Menfis. 331: Fundación de Alejandría de Egipto; Alejandro consulta el oráculo de Amón; Darío reúne un gran ejército en Babilonia; batalla de Gaugamela (Arbela); ocupación pacífica de Mesopotamia. 330: Lucha contra los montañeses curdos y uxios; entrada en Persia, con ocupación militar de Pasargada y Persépolis, e incendio de los palacios de esta última; marcha hacia las Puertas Caspianas; Alejandro conoce la deposición de Darío por Bessos y halla en Hecatonpilos el cadáver de Darío. 330-327: Guerra de guerrillas en Irán nororiental, dirigida por Bessos y luego Spitamenes; descontento de algunos generales de Alejandro. 327: Alejandro abandona Bactriana pacificada y atraviesa el Hindu-Kush. 326: Alejandro en Taxila, país aliado; victoria de Hydaspe sobre el rey Poro. 325: Victorias en el Indo; Crátero parte ya hacia el Oeste, mientras Alejandro prosigue la marcha hacia el Sur; la flota, dirigida por Nearco, navega hacia el golfo Pérsico desde el Indo; Alejandro regresa por tierra, atravesando el desierto de Gedrosia, donde mueren las tres cuartas partes de los hombres; al regreso reprime los desórdenes que se han producido. El Imperio persa es dominado completamente por Alejandro.

to, los mismos Reyes Católicos, para educar al príncipe don Juan y algunos nobles compañeros suyos, organizando una escuela especial con profesores escogidos. Pero dejemos que Plutarco nos cuente lo que sabe de las relaciones de Alejandro con Aristóteles: "Parece que Alejandro aprendió de Aristóteles no sólo sus doctrinas de moral y política, sino también aquellas más difíciles y profundas teorías que sólo se comunicaban de viva voz y no se descubrían sino a los iniciados. Por esto cuando Alejandro, hallándose en el Asia, supo que Aristóteles había publicado algunos tratados de estas ciencias, le escribió en términos muy sencillos, pero deplorando sus revelaciones. La carta dice así: 'Alejandro a Aristóteles, salud. Habéis hecho mal en publicar vuestros libros de doctrina oral, porque ¿cómo nos distinguiremos nosotros de los demás si aquellas cosas que nos confiabais en secreto, ahora se han enseñado a todo el mundo? Por mi parte os aseguro que más deseo superar al vulgo en conocimientos que extender mi poder y mis dominios. Adiós'. Y Aristóteles –prosigue diciendo Plutarco– contestó a Alejandro alabándole sus deseos de aprender y excusándose de haber publicado sus doctrinas; aunque, en realidad, están publicadas y no lo están, pues sabido es que sus libros de metafísica fueron escritos en un estilo que hace de ellos como una especie de programa o memorándum, y son sólo inteligibles para los familiarizados con esta ciencia.

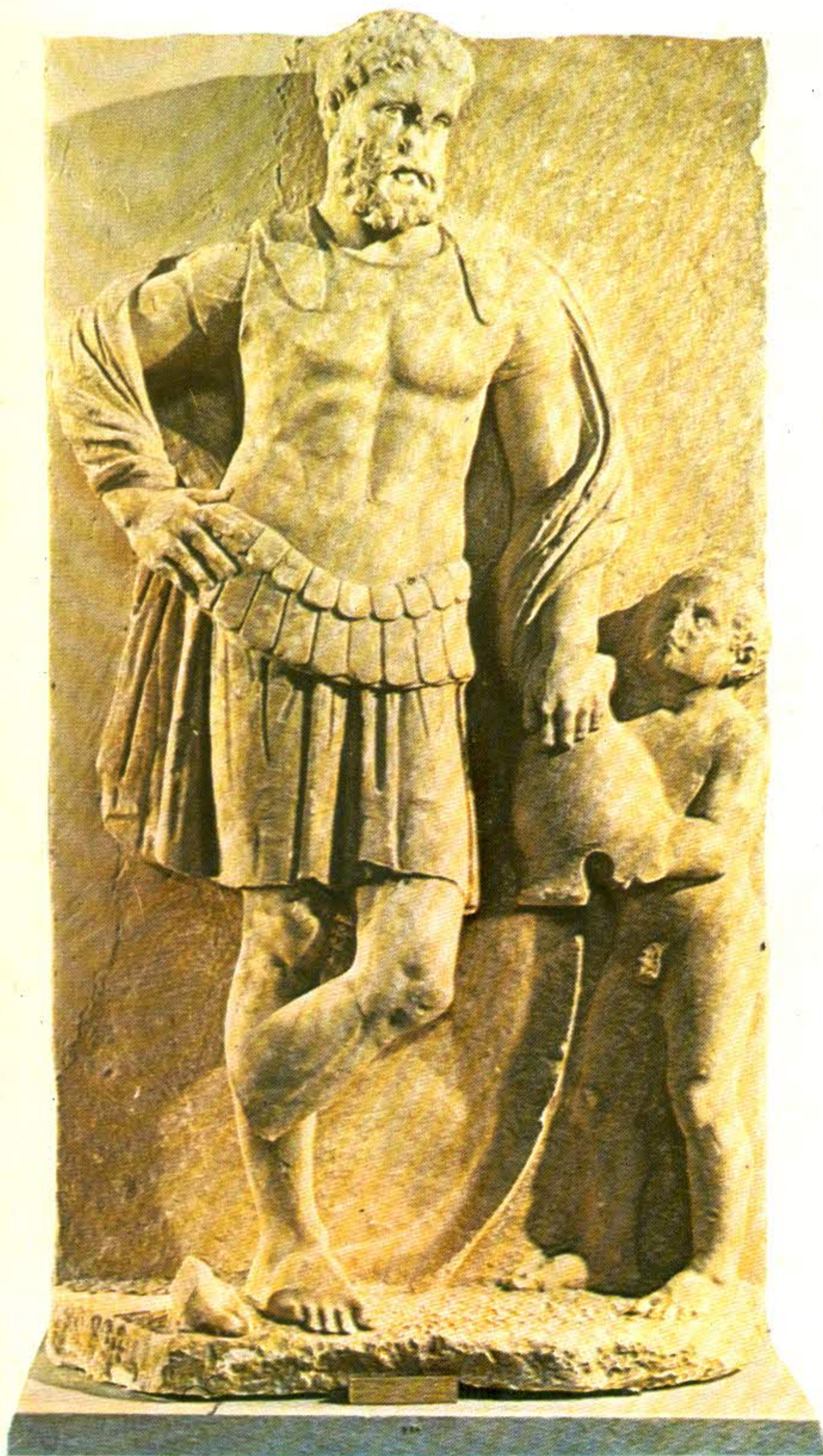
"Es bien seguro –continúa Plutarco– que Alejandro heredó de Aristóteles su afición por el arte de la medicina. Porque cuando sus amigos estaban enfermos, les recomendaba el tratamiento y dieta apropiados a su enfermedad, según vemos por sus cartas. Alejandro era inclinado a toda clase de lecturas, y Onesícrito dice que Alejandro se dormía con la copia de la *Ilíada* corregida por Aristóteles, puesta debajo de su almohada, junto con la daga. Cuando estaba en el interior del Asia hizo pedir libros a su tesorero Harpalus, que se había quedado en el Oeste, y Harpalus le envió la *Historia de Sicilia,* por Filistos; muchas comedias de Eurípides, Sófocles y Esquilo, y algunos ditirambos compuestos por Telestes y Filoxenos".

Aunque la selección de libros hecha por Harpalus no puede servirnos para conocer los gustos de Alejandro, es interesante que se ponga entre ellos a Eurípides antes de Sófocles, y a éste antes que Esquilo. Telestes es citado por Aristóteles, en su *Poética,* como modelo de autor de ditirambos, y por más que Cicerón califica el libro, hoy perdido, de Filistos como una pobre imitación de Tucídides, el breve inventario que nos da Harpalus de las lecturas de Alejandro en Asia es una lista de libros serios, de buen gusto y apropiados para un conquistador.

Éste es el hombre, ésta su educación; vamos a ver ahora con qué elementos empezó sus empresas bélicas. A la muerte de su padre, los estados de Alejandro se reducían a Macedonia, que comprendía la mayor parte de lo que hoy llamamos los estados balcánicos, y el Epiro, la moderna Albania, aunque administrada como propiedad personal de Olimpia, en realidad, venía a ser también de Alejandro. La madre y el hijo se adoraban; en lo más remoto del Asia central recibía Alejandro regularmente cartas de Olimpia,



Detalle del "Vaso de los persas" que representa a la esposa de Darío precedida por una sierva (Museo Nacional, Nápoles). Obsérvense los vestidos un tanto exóticos con que se cubren las figuras.



Estela funeraria de un guerrero griego realizada a mediados del siglo IV a. de J. C. (Museo Nacional, Atenas). En ella se reproduce el traje de los soldados griegos de la época de Alejandro Magno, que llevaría también el propio general, amante de mezclarse entre la gente de su tropa como un hoplita más.

que leía en secreto, sin comunicar a nadie su contenido. Una vez que Olimpia causó ciertas contrariedades a Alejandro, como no podía por menos de ser dado su carácter, Alejandro dijo que una lágrima de su madre era suficiente para lavar todas las faltas, aunque otras veces decía que le hacía pagar bien caro los nueve meses que le había llevado en su seno.

Además de Macedonia y los territorios vecinos, Filipo había conquistado la Tesalia, estado monárquico que debió de serle fácil anexarse porque no había pasado por la fiebre democrática ni las revoluciones oligárquicas de otros estados de Grecia. Pagar tributo a la casa real de Larisa o servir en los ejércitos del conquistador macedonio debía de ser casi lo mismo para los montañeses de Tesalia. En cambio, para Filipo y Alejandro ésta sería la mejor adquisición, porque Tesalia estaba precisamente al sur de Macedonia, entre el Olimpo y las Termópilas, y era país abundante en caballos, tan preciosos para las campañas de entonces; es un hecho que los jinetes tesalios fueron casi tan eficaces como los macedonios en las cargas de caballería que decidieron todas las batallas de Alejandro.

Más ambiguo era el dominio que Filipo legó a Alejandro en lo restante de Grecia, al sur de las Termópilas. Filipo hubiera podido tratar como un feudo personal a todos y cada uno de los estados griegos; sin embargo, se limitó a hacerse conceder el título de *archiestratego* (generalísimo) de los ejércitos griegos por un congreso panhelénico que se había reunido en Corinto en 338. Este congreso trató también de establecer un consejo *(synedrion)*, con residencia en Corinto, que hubiera podido ser el poder ejecutivo de una confederación helénica, bajo los auspicios de Macedonia, si los griegos hubiesen podido olvidar sus diferencias. Cada estado griego conservó su gobierno local y como tribunal supremo se acordó reconocer al consejo de los anfictiones, o administradores del templo de Delfos. En apariencia, es bien poco lo que consiguió Filipo con su victoria de Queronea; pero, en realidad, su posición de jefe de las fuerzas militares de todos los griegos le hacía el árbitro de la política exterior y Grecia quedaba desarmada, porque en el congreso de Corinto se dispuso que ningún griego podía tomar armas contra Filipo ni aun como mercenario de un ejército extranjero. Además se le concedió el derecho de mantener guarniciones macedonias en la isla de Eubea, el istmo de Corinto y las fortalezas de Tebas y Ambracia.

De todo lo dicho se desprende que los títulos de Filipo, como general en jefe de los ejércitos griegos, y otras ventajas eran concesiones que se hacían a su personalidad, no derechos establecidos por una tradición secular o que radicaran en la corona del rey de Macedonia. Así es que ya se podía prever que antes de atreverse Alejandro a poner un pie en el Asia debía reconquistar uno por uno estos títulos de su padre, batallando en Grecia al sur de las Termópilas. He aquí un sumario de sus primeras campañas.

El año 336, que es el de la muerte de Filipo, Alejandro era proclamado en Pella rey de Macedonia, sin grandes dificultades. En cambio, tuvo que amenazar a Grecia, al sur de las Termópilas, con una expedición militar aparatosa para que el congreso de Corinto transmitiera al hijo los títulos de su padre. Entonces fue, según se dice, cuando tuvo efecto la entrevista de Alejandro con el filósofo cínico Diógenes, que vivía en Cranea, un barrio de Corinto: "¿Qué deseas de mí?", le preguntó Alejandro. "Que te apartes, pues me quitas el sol", contestó Diógenes por toda respuesta. Añádese que Alejandro, maravillado, exclamó: "¡Si no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes!".

Creyendo haber "pacificado" el Sur, Alejandro al año siguiente, o sea el 335, pasó a "castigar" a los bárbaros del Norte, que para él eran los escitas de la región danubiana. Durante los cinco meses que duró esta campaña, los griegos descontentos, sobornados por el oro de los agentes del rey de Persia e intoxicados con los discursos patrioteros de los oradores áticos, prepararon una insurrección, que tenía sus focos más importantes de conspiración en Tebas y en Atenas. Cuando Alejandro se hallaba más descuidado, combatiendo contra unas tribus del oeste de sus estados, mejor dicho, de los estados de su madre en el Epiro, recibió la noticia de que Tebas se había sublevado y los demócratas tebanos tenían sitiada la guarnición macedonia de la fortaleza. Sin darse respiro, Alejandro compareció delante de Tebas y esta vez la ciudad fue arrasada, para dar ejemplo a toda Grecia. Se dice que solamente respetó la casa en que había vivido el poeta Píndaro.

Atenas era tanto o más culpable que Tebas, lo que Alejandro sabía muy bien, pero se contentó con pedir la entrega de diez de los cabezas del motín. Ocho de ellos eran abogados, con Demóstenes como principal, y éstos pusieron en juego su elocuencia para persuadir al pueblo de que no debía acceder a la demanda de Alejandro. Demóstenes dijo entonces que, entregándolos a ellos, harían como aquella oveja que, para escapar del

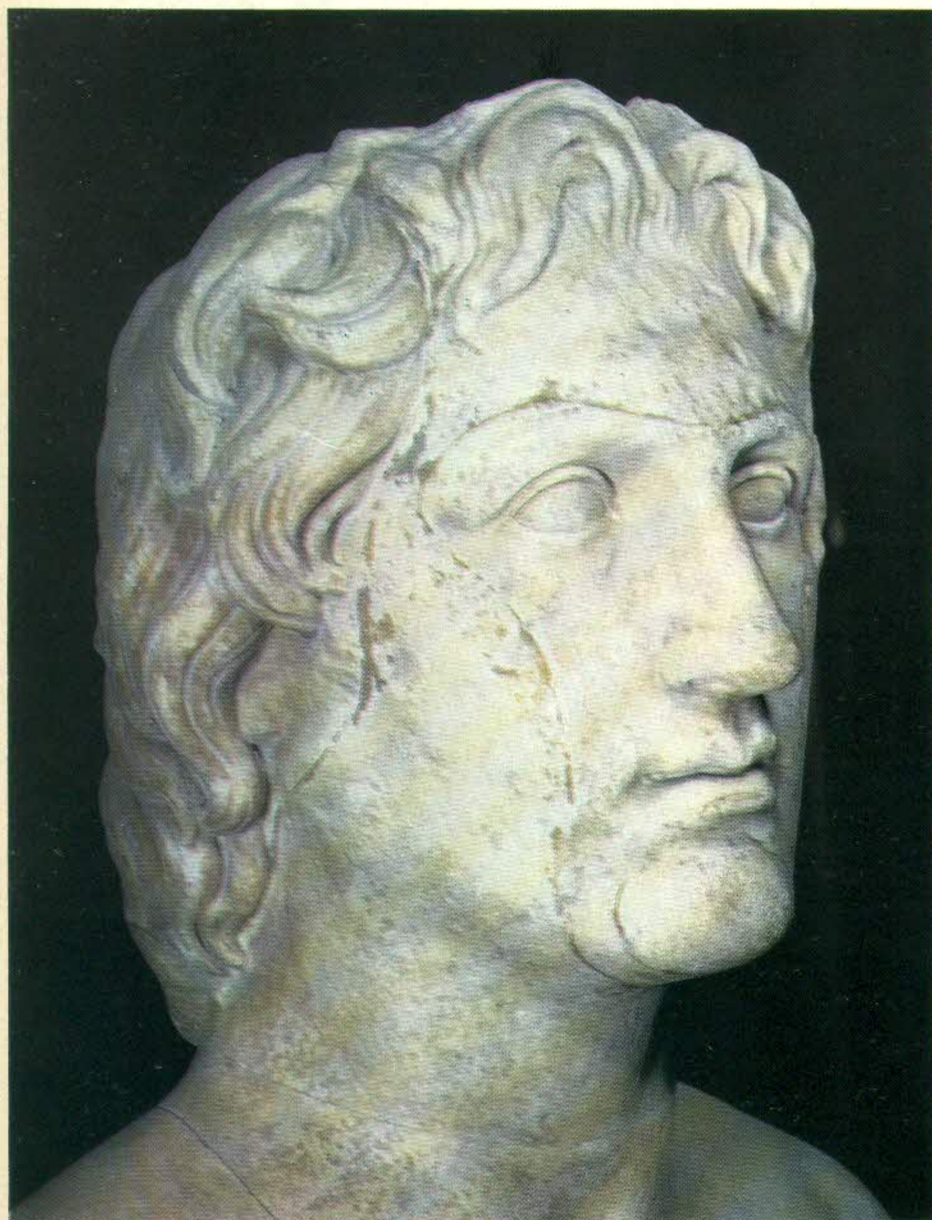


Estatua de Alejandro Magno, de época romana, que reproduce un modelo helenístico (Museo del Louvre, París). Como los grandes héroes de la historia, Alejandro ha sido encumbrado por la leyenda a lo más alto de la fama y no en vano, pues pocos como él han sido capaces de recorrer triunfadores el mundo en treinta y tres años de vida.

Relieve funerario de un guerrero (Museo de Tasos, Grecia). El desgaste de la pieza hace irreconocibles los elementos que rodean al soldado, que aparece reclinado y con un vaso en la mano. Se sabe que es de mediados del siglo IV antes de Jesucristo.



Cabeza de Alejandro, réplica antigua de un original griego (Museo del Louvre, París). La serenidad de esta figura refleja la que en realidad tuvo su espíritu, que se nutrió de la filosofía de su maestro Aristóteles.



lobo, consintió en entregarle el perro del pastor, sin ver que así entregaba todo el rebaño. Dijo también que ellos –los oradores– eran sólo la muestra del grano y que si Alejandro los encontraba buenos, acabaría por exigir todo el granero. Una nueva embajada pasó a entrevistarse con el joven caudillo, y éste, como siempre, fue magnánimo: concedió a Atenas los diez perros de pastor. Continuaron ladrando todavía cuando Alejandro estaba en el Asia, pero ya no prestó atención a sus ladridos.

Dos años empleó, pues, Alejandro para recobrar las conquistas de su padre y en la primavera del 334 lo tenía todo preparado para pasar al Asia. Dejó en Europa como regente a un viejo macedonio, Antípater, que le fue fiel hasta la muerte, y atravesó los Dardanelos por el mismo punto que lo había hecho Jerjes cuando invadió Grecia dos siglos antes. El ejército de Alejandro se componía de 30.000 soldados de infantería y 5.000 de caballería. Estos últimos formaban el núcleo del ejército y eran en su mayoría macedonios y tesalios. Los soldados de infantería habían sido reclutados por toda Grecia, especialmente en Corinto, que era el lugar céntrico de contratación para estos servicios. El mercenario griego se alquilaba al mejor postor o al que tenía más probabilidades de éxito. Cobraba, cuando más, una pieza de oro persa (darico) por semana y debía proveerse de armas, pero tenía, en cambio, derecho al botín. Las guerras civiles de Grecia, especialmente las guerras de Esparta contra Atenas, habían favorecido la aparición de este tipo de guerrero profesional.

Es fácil que Esparta iniciara la creación de la unidad de combate que se llamó después

LA CRISIS DEL SIGLO IV A. DE J. C. Y LA APARICION DE LA MONARQUIA HELENISTICA

El siglo V a. de J. C. se cerraba con un conflicto que, de forma más o menos directa, había comprometido a la mayor parte de los estados griegos: la guerra del Peloponeso. Durante casi medio siglo, en Grecia se había combatido por la extensión y difusión de dos tendencias ideológicas: oligarquía y democracia. Atenas sería el estado paladín de la democracia, mientras que Esparta iba a representar el centro de la tendencia oligárquica.

En torno a uno u otro bando se fueron agrupando los restantes centros helénicos según su ideología. Dentro de cada estado ambas tendencias dividían a la población e incluso reinos vecinos prestaban aportaciones económicas a una u otra causa, como fue el caso de Persia, que auxilió con sus ingentes recursos a Esparta y sus aliados. La lucha iba a concluir con la victoria de Esparta y sus aliados, o sea, el triunfo de la ideología oligárquica.

Atenas se vio obligada a demoler sus murallas y disminuir su flota, al mismo tiempo que se instalaban en cada *polis* gobiernos llamados decarquías, robustecidos en su poder merced a una guarnición espartana. De esta forma, al frente de cada ciudad se colocaba a diez ciudadanos partidarios de la oligarquía, mientras daba comienzo la hegemonía espartana en el mundo griego. Estos acontecimientos no sólo habían producido su sensible cambio político, sino que condujeron al país a una enorme crisis social.

Los efectos de la lucha fueron desastrosos para la agricultura. La prolongación del conflicto, por una parte, y la tala sistemática del agro ateniense, por otra, habían provocado que el labrador se apartara de la tierra. Tucídides nos habla de la situación surgida en Atenas debido al cerco de la ciudad por las fuerzas espartanas: "Antes, en efecto, las invasiones, al ser de corta duración, no impedían hacer uso del país durante el resto del año; mientras que ahora, al estar instalados allí permanentemente los enemigos y atacar unas veces con más fuerzas y en ocasiones un número adecuado de tropas efectuar correrías y actos de pillaje..., los atenienses sufrían grandes daños. Habían quedado privados de todo su territorio e hicieron defección más de veinte mil esclavos, muchos de ellos artesanos, y además perdieron todas las ovejas y bestias de carga... La ciudad necesitaba importarlo todo por igual, y se convirtió en una fortaleza de una ciudad que era".

En la región del Ática, las cosas se complicaron aún más. Con la victoria espartana, los colonos atenienses, instalados en las ciudades miembros de su antiguo imperio marítimo, iban siendo expulsados y comenzaban a ir retornando al Atica. De esta forma, a una población campesina indigente se le fue agregando este otro sector que buscaba recursos en un lugar en donde conseguir un puesto de subsistencia estaba vedado a la mayor parte de la población.

A la crisis agraria se unía una crisis artesanal y comercial. Tras la guerra, el poder adquisitivo se había visto menguado. Faltos de recursos como estaban, los griegos se hallaban incapacitados de poder adquirir bienes en el mercado, lo que produciría una merma de las actividades mercantiles. La crisis no quedaba en esto. La falta de un mercado interno se podía haber solucionado, al menos parcialmente, merced a una mayor vitalidad del mercado externo. Precisamente el siglo IV antes de J. C. comienza con un mayor desarrollo de los antiguos mercados griegos, que empiezan a convertirse en independientes merced a un crecimiento de las actividades mercantiles, agrarias y artesanales. Esto complicó aún más la situación interna griega, debido a la falta de mercados donde colocar los productos.

Finalmente, la población libre de las ciudades vio agravado su malestar por la competencia que le estaba haciendo el empleo cada vez más abundante de la mano de obra esclava. Tanto en el campo como en la ciudad, los grandes propietarios comenzaban a emplear en mayor cantidad el trabajo esclavo, que a primera vista le resultaba más ventajoso, contribuyendo aún más a la depauperación de la población libre.

En este estado de cosas, al ciudadano griego le quedaba la alternativa de vender su fuerza de trabajo en casi paridad con los esclavos, o bien la de buscar nuevos recursos en otros países. En el mundo griego fue surgiendo de esta forma una nueva situación social, la de personas que trabajaban únicamente por el alimento diario *(episitios)*. Por esto el número de emigrados empezó a ser numeroso. Los centros de esta diáspora eran las colonias del mar Negro, de Italia meridional y del reino persa. Faltos de otra ocupación, muchos de estos emigrados se enrolaron en el ejército. El número de mercenarios, mayormente en el ejército persa, se vio incrementado por gran cantidad de griegos que veían en ello una salida a su perentoria situación. Sin ir más lejos, basta recordar la célebre expedición de los diez mil, narrada por Jenofonte, en la que todo un ejército griego luchó como mercenario en los conflictos internos del reino persa.

Junto a este empobrecimiento de la población se observa una mayor concentración de la propiedad en pocas manos y un mayor desarrollo de la gran propiedad.

Con la guerra se había puesto en circulación una gran cantidad de bienes, conforme exigían las múltiples necesidades del momento. Todas las reservas del mundo griego estaban invertidas en la guerra. En Atenas, la lucha consumió todos los tesoros atenienses, llegándose incluso a fundir estatuas de los dioses.

En Esparta, el decreto del éforo Epitadeo suprimió las trabas legales a las compras de tierras y estableció que las tierras se pudieran dejar en testamento a quien se quisiera. De esta forma, la primitiva Constitución espartana se fraccionó, aumentando aún más el carácter oligárquico del régimen espartano.

Como colofón a todo este malestar, la enorme circulación de moneda contribuyó al enriquecimiento de los jefes políticos y originó una subida de precios, que vendría a complicar y agravar la ya caótica situación.

Es lógico que este momento engendrara un tremendo malestar social, que se reflejaría en todos los sectores del saber. La guerra había puesto de manifiesto como la estructura de la *polis* era insuficiente para solucionar los múltiples problemas y las necesidades creados en el mundo griego. Se había hecho evidente que el sistema ateniense de la hegemonía de una ciudad sobre las restantes no bastaba. La misma hegemonía espartana y posteriormente la tebana iban a ser el exponente de un intento de salvar la organización de la *polis*. Será entonces cuando se haga palpable la búsqueda de sistemas más amplios que permitieran un mayor desarrollo del mundo griego.

La literatura de la época iba a reflejar este fracaso de la *polis*, al mismo tiempo que intentaba buscar soluciones, utópicas las más veces. En esta línea están algunas de las obras del comediógrafo Aristófanes. En su obra *Las aves* nos habla de la creación de un reino de aves, intermedio entre los dioses y los hombres, que den una solución a las exigencias de la época. En otra obra, *Asamblea de mujeres*, se intenta crear un reino dirigido por las mujeres en el que se ponga fin al malestar existente merced a un mejor reparto de la propiedad y a la finalización de la guerra.

Igualmente el pensamiento filosófico se vería impregnado de estas tendencias. El estoicismo iba a programar que no podía haber más que una sola ciudad para todo el universo. Todos los hombres serían miembros de un solo pueblo, no habiendo más que un orden *–cosmos–* y viviendo bajo las mismas normas *–nomos–*. Este sistema sería el de la Cosmópolis.

Nos encontramos con que en el siglo IV, y como resultado de la guerra del Peloponeso, la *polis* griega había naufragado, aunque surgían ciertas ideas que intentaban dar una solución circunstancial a través de la creación de formas de estados más amplios que los rígidos compartimientos estancos de la ciudad-estado o de la hegemonía de ciudades. Teniendo en cuenta esta realidad, la aparición de la monarquía helenística no fue sino el reflejo de las exigencias del momento.

A. M. P.

falange macedónica. El nombre es inexacto, porque se conocía mucho antes de que la emplearan Filipo y Alejandro, y su reputación parece exagerada; ya veremos que era más bien una formación defensiva que un escuadrón de ataque. La falange venía a ser una fortaleza compuesta de soldados; tenía de doce a dieciséis filas, apretadas y de longitud variable, pero que no pasaba de 250 hombres de frente, de manera que a lo más empleaban en su formación 4.000 soldados, sin contar los auxiliares. El arma de los soldados de la falange era la pica; lo único que Filipo y Alejandro hicieron fue dar mayor longitud a las picas. al menos a las de las filas posteriores. Estas larguísimas picas, algunas de ocho metros de largo, se llamaban *sarisas,* y ya se puede imaginar que un ataque regular debía estrellarse ante este muro humano de dieciséis filas de profundidad con dieciséis puntas de lanza proyectándose hacia fuera una detrás de otra.

Sin embargo, la falange sería de movimientos pesados e imposible de recomponer en caso de desbaratarse. Así venció Epaminondas a los espartanos, atacando la falange plana, de dieciséis filas de fondo, con una falange de lado, de dieciséis filas de frente y

LAS RIQUEZAS AURIFERAS DEL EXTREMO NORTE GRIEGO EN LA HISTORIA

EPOCA DE LAS COLONIZACIONES

→ Las minas de oro del monte Pangeo, junto al río Estrimón, y en general las de Macedonia, Tracia y Tasos son el recurso económico más importante del norte del Egeo. Al parecer, descubiertas y explotadas ya por los fenicios, atraen pronto a los griegos, que fundan colonias.

— Siglo VII: Calcis funda Torone y otras ciudades de la península de Sithonia. Eretria se establece en la península de Pallene. Andros envía colonos a Acanto y Estagira. Paros ocupa la isla de Tasos. Quíos coloniza Maronea.
Siglo VI: Corinto funda Potidea; Clazomene, Abdera, y Mitilene, Enos.

— Los colonos griegos deben enfrentarse con los indígenas, macedonios y tracios —éstos especialmente belicosos—. Para estos países, las colonias griegas de la costa son focos de civilización, que influirán pronto en las dinastías locales.

GUERRAS MEDICAS

→ La campaña de Darío en Europa (516-512) convierte a Tracia en satrapía persa, con el dominio de los recursos mineros. Los jonios de Histieo auxilian al Rey de Reyes atraídos por las riquezas auríferas: Histieo se establece al pie del Pangeo.

— Los avances persas, con Mardonio y Jerjes, asimilan la orilla norte del Egeo a la empresa aqueménida, hallando colaboración en los indígenas.

— La creación de la Liga de Delos (478-477) y las campañas atenienses contra los persas en Tracia (475-465) hacen entrar la región en la esfera de Atenas: el primer golpe imperialista de Atenas dentro de la Liga va contra Tasos, que perderá su participación en las minas del Pangeo (465-463).

IMPERIO ATENIENSE

→ Atenas domina las ciudades griegas de la costa tracia y calcídica, y entra en relaciones con los reyes de Macedonia y de los odrisios. La fundación de la colonia de Anfípolis al pie del Pangeo (437) es el hito esencial del imperialismo de Pericles en la región. Colonia de explotación, foco de helenización, Anfípolis ofrece a los países del extremo norte una versión ática de la cultura griega.

GUERRAS DEL PELOPONESO

→ La espectacular marcha del espartano Brásidas (424), desde el Peloponeso hasta el Pangeo, revela claramente la importancia capital de esta región en el Imperio ateniense. La privación de las minas de oro será un duro golpe para Atenas.

HEGEMONIA ESPARTANA

→ Vencida Atenas, Esparta no dejará de intervenir en la Calcídica (382-379), pero finalmente el norte del Egeo caerá otra vez en la esfera de influencia ateniense (376), potencia que, por encima de constantes forcejeos, se mantendrá en la región durante veinte años.

EXPANSION MACEDONICA

→ Las apetencias de los Agreadas se orientan pronto hacia la costa calcídica, tanto por ser la salida natural del territorio macedónico como por su riqueza mineral, que puede fortalecer el poder monárquico tanto frente al exterior como frente al feudalismo macedónico.

— El enfrentamiento de Filipo con Atenas, que llevará a la intervención en toda Grecia, nace en la Calcídica (357-354), donde se apodera de las bases atenienses.

— El dominio del Pangeo es una etapa esencial del imperialismo macedónico.

Gracias a una explotación más racional, Filipo acrecienta su rendimiento de manera sensible y utiliza el oro para reorganizar el sistema monetario macedónico.

La introducción de su propia unidad monetaria (el filipo, con valor de veinte dracmas atenienses de plata) libera a Macedonia de la supremacía económica persa y ateniense.

En detrimento del dárico persa, el oro macedonio se convierte en la moneda de intercambio en el mundo griego.



Mosaico hallado en Herculano que representa la batalla de Issos (Museo Arqueológico, Nápoles). En el centro sobresale la figura de Darío III rodeado de sus lanceros. A la izquierda aparece Alejandro montado a caballo. Esta batalla fue una de las más gloriosas y mejor llevadas por el macedonio, que terminó con la huida del rey persa.

cuarenta y ocho hombres de profundidad; pero, de ordinario, la falange era suficiente para resistir el ataque de la caballería y casi inmejorable para asegurar el centro en una línea de batalla, aunque no había en ella ningún secreto técnico ni nada que Alejandro no pudiera encontrar en las huestes enemigas. Los mismos persas tenían mercenarios griegos que formaron la falange en todas las batallas que dieron contra Alejandro.

¿En qué consistía, pues, la superioridad de Alejandro, además de su personalidad, que, como decía el oráculo, era irresistible? Sin duda alguna, su ejército de caballería. Los montañeses macedonios y tesalios tenían tradiciones de libertad combinadas con una aptitud para la colaboración que les hacía invencibles en el combate. Esto es muy interesante, porque sirvió a los macedonios no sólo para la guerra, sino también para la paz. Filipo y Alejandro tienen raras facultades de asimilación, que encontramos análogas en Tolomeo, Antígono, Seleuco, Lisímaco, Neandro y otros generales macedonios de la misma generación. Sorprende ver a estos compañeros de Alejandro, improvisados monarcas del Oriente, dar muestras de un refinamiento de gustos y de un instinto político que no tenían los viejos dinastas del Asia y Egipto. ¿Dónde estaba el secreto de esta ventaja moral que les hacía ganar imperios y conservarlos? ¿Eran sólo la fuerza física, la juventud, el entusiasmo, el valor? No; además de pertenecer a una nación joven, los compañeros de Alejandro dieron muestras de un gran instinto político.

Por de pronto, encontramos a Alejandro rodeado de un grupo de amigos que se llaman los *hetairoi,* hermanos de armas, o *compañeros,* que se permiten libertades con el rey que no serían posibles en un régimen monárquico, al menos tal como se entendía en la antigüedad. Se cuenta que Filipo se escondía de Antípater para jugar a los dados: tenía miedo de las reconvenciones del viejo general. Vimos que los "compañeros" de Alejandro se creen con derecho a aceptar o no las donaciones que les hace el rey antes de partir para el Asia. Los relatos de las campañas de Alejandro están llenas de anécdotas de sus conversaciones, festines y juegos con los *hetairoi* que le siguen; con ellos habla y se



Detalle del mosaico de Herculano que representa a Alejandro en la batalla de Issos (Museo Arqueológico, Nápoles). Su cara alargada, su perfil enérgico y su mirada expresiva, cargada de frialdad y pasión al mismo tiempo, coinciden con las réplicas de sus retratos esculpidos por Lisipo.

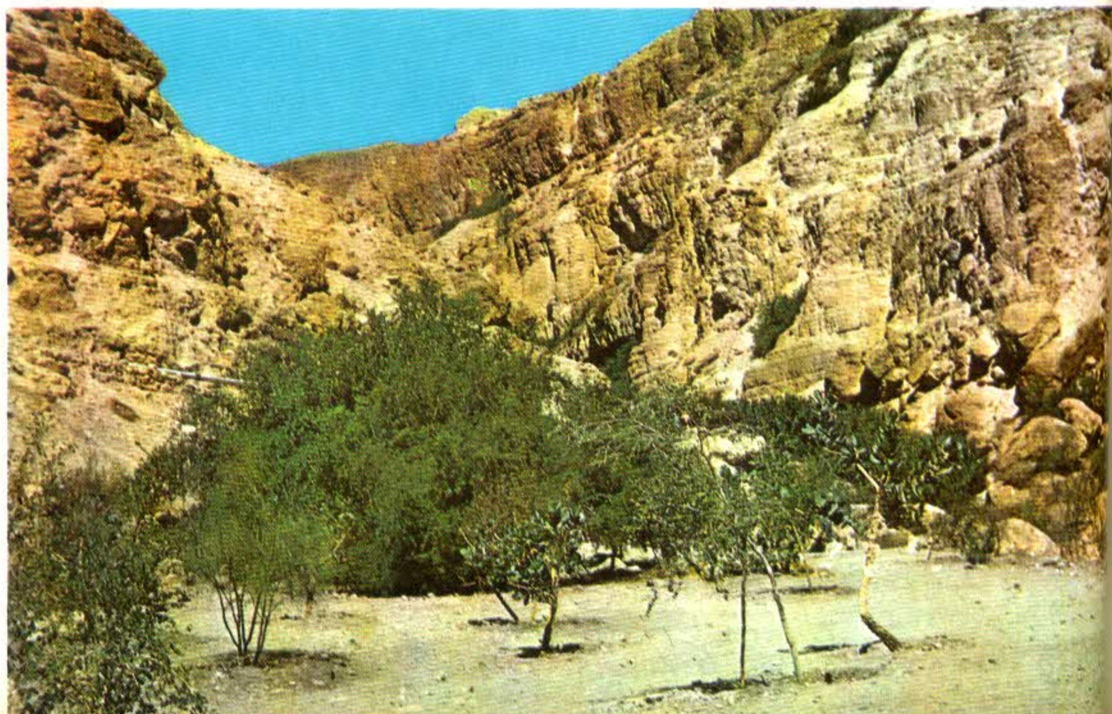
pelea, como a iguales suyos, excepto al tratarse de asuntos militares.

Las relaciones de Alejandro con sus *hetairoi* no son las de un rey con sus ministros o de un general con sus oficiales, sino las de un jefe nórdico con su banda de guerreros arios, como encontramos en el poema *Beowulf* y en los *Eddas* escandinavos. La misma familiaridad observamos en las relaciones de Carlomagno con sus pares. Se ha comparado el trato que daba Alejandro a sus "compañeros" macedonios con el que tenía con su jefe el *comitatus* de los antiguos germanos y que subsiste aún entre los comitadjis de los Balcanes. Alejandro es un guerrillero, con su banda y con un ejército por añadidura.

He aquí la causa principal de su éxito. Alejandro sabe que puede contar con sus *hetairoi* hasta el límite de la resistencia humana. Los "compañeros", que son 1.500, forman un escuadrón de caballería que dirige él mismo, aunque sin perder de vista las maniobras del resto del ejército. Ahora bien, ¿quiénes eran estos "compañeros"? ¿Era esta aristocracia macedónica de raza germánica o griega? Parece que los *hetairoi* eran los habitantes de las llanuras de Macedonia; los pastores de sus montañas les estaban sujetos y les seguían sin protestar. El macedonio era afín al griego, aunque existían tales diferencias entre ambos lenguajes, que resultaban ininteligibles entre sí. Alejandro y sus generales hablaban siempre griego, excepto cuando estaban enfurecidos; el griego, y no el macedonio, pasó a ser, después de las conquistas de Alejandro, la lengua de Asia y Egipto.

Hoy se tiende a creer que los macedonios de los llanos parecen ser los rezagados de la gran emigración dórica y, por tanto, de raza griega, mientras que los de las montañas eran de otro tipo, mucho más rústicos. He aquí lo que les dice Alejandro, en el Asia, en una ocasión en que le molestan con sus quejas:

"Mi padre Filipo os encontró sin residencia estable, errantes, sin recursos, vestidos todavía con pieles, guardando pobres rebaños de ovejas en las montañas y teniendo que defenderos de los ilirios y tracios vecinos. Él os dio el manto del soldado y os condujo al llano, haciéndoos capaces de atacar a los



Paisaje de Israel. Tras la batalla de Issos, el empuje conquistador de Alejandro le llevó a continuar su marcha hacia Egipto. Avanzando por la costa del Mediterráneo, en 322 a. de J. C. tomó Sidón con facilidad, y Tiro y Gaza después de un largo asedio.

El llamado Ares Ludovisi, atribuido a Lisipo (Museo de las Termas, Roma). El dios guerrero, representado anteriormente por Polignoto y Escopas, aparece aquí sentado, mientras a sus pies juega un amorcillo.



bárbaros más allá de sus fronteras, de modo que ya no confiasteis tanto en vuestras guaridas para defenderos como en vuestro valor personal. Él os hizo vivir en ciudades y os dotó de leyes e instituciones; él os hizo jefes y capitanes para dominar a esos mismos bárbaros que antes os habían robado y se os llevaban a sus tierras para servirles como siervos y esclavos...".

Esto aclara, pues, la composición del ejército de Alejandro al atravesar los Dardanelos el 334. Por de pronto, había 1.500 "compañeros" y además un número doble de soldados tesalios y macedonios de caballería. Seguía después una multitud de mercenarios –se cita el número de 30.000– propios para la falange, bastantes de ellos veteranos de las campañas de Filipo. En total, como ya hemos dicho, 35.000 hombres, pocos para un conquistador, pero sobrados para un aventurero. Y Alejandro, el año 334, no era mucho más que un soldado de fortuna.

Plutarco dice que, al partir para el Asia, Alejandro no tenía, en numerario, más que setenta talentos, o sean unos 80.000 pesos, y provisiones para treinta días. Ahora bien, 80.000 pesos no eran suficientes ni para pagar una quincena de sus tropas; era, pues, necesario para aquel joven de veintidós años triunfar pronto en su empresa si no quería sufrir las impertinencias de sus propios generales y ser víctima de sus mercenarios.

Los persas le ofrecieron en seguida una oportunidad para vencer. La demora de dos años que había sufrido la expedición hizo que todos se enteraran de la proyectada aventura. Así es que, pocos días después de haber atravesado los Dardanelos, Alejandro se encontró con un primer ejército reunido por los sátrapas del Asia Menor. Los persas habían situado sus líneas de batalla al otro lado de un riachuelo llamado Gránico, que, si bien era vadeable, les protegía a manera de foso. Era una posición formidable para resistir un ataque, y el general Parmenio trató de disuadir a Alejandro de su loco intento de lanzarse sobre un enemigo parapetado detrás de un ribazo de más de un metro de altura. Pero Alejandro contestóle que los que habían cruzado los Dardanelos podían muy bien cruzar aquel torrente, y le dio



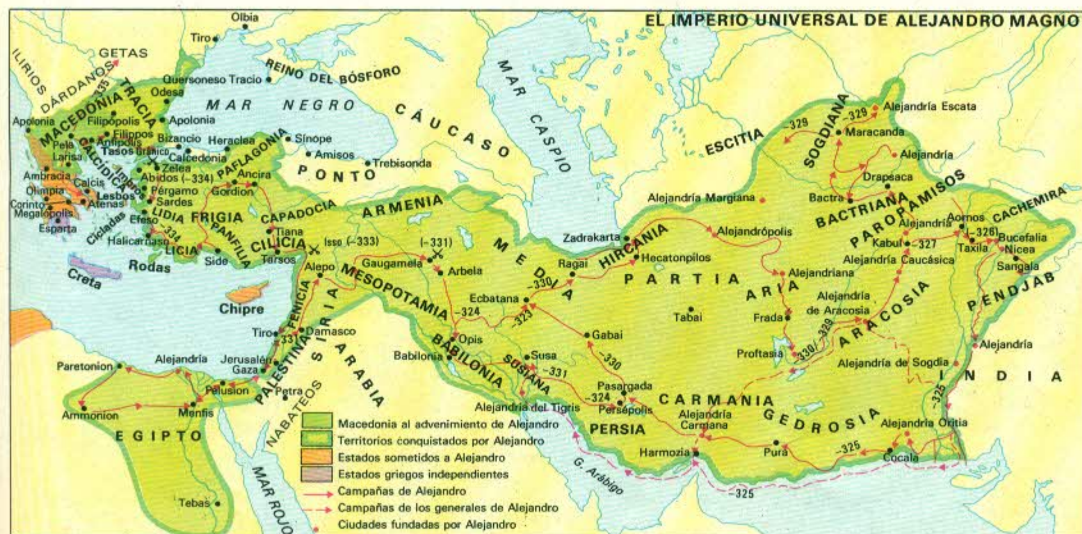
El Apoxiómenos de Lisipo, que representa a un atleta limpiándose el aceite de su cuerpo con un estrígila (Museo Vaticano, Roma). Lisipo fue el escultor favorito de Alejandro Magno y representó la imagen del macedonio en diversas esculturas.

orden de atacar con el ala izquierda, mientras él, con los "compañeros", dirigía el ataque del ala derecha. Chorreando agua, pusiéronse los macedonios en contacto con el enemigo. De documentos de la época copia Arriano el siguiente episodio del combate:

"Tan pronto como Alejandro percibió a Mitrídates, yerno de Darío, a la cabeza de un escuadrón, marchó hacia él y lo derribó de un golpe. A su vez, Roisakes descargó sobre Alejandro un terrible tajo que le partió el yelmo, pero no llegó a herirle. En cambio, Alejandro revolviéndose contra él le atravesó de una lanzada, y cuando Spitrídates, el sátrapa de Lidia, iba a descargar con su cimitarra un golpe mortal sobre Alejandro, Cleto, hermano de leche, se le anticipó y con un formidable sablazo en el hombro le arrancó a Spitrídates el brazo, con la espada todavía pegada a la mano". Algunos afirmarán que este párrafo parece copiado de un libro de caballerías, pero lo cierto es que, al llegar la noche, un sinnúmero de magnates persas yacían sin vida en el campo de batalla y, en cambio, de los "compañeros" de Alejandro sólo habían muerto veinticinco, con ochenta jinetes de los otros escuadrones. Toda el Asia Menor quedaba a disposición del vencedor y el botín de la jornada del Gránico era suficiente para satisfacer las más perentorias necesidades. De los despojos del combate se enviaron trescientas armaduras a Atenas, en ofrenda a la Atenea de la acrópolis, y a Olimpia, madre de Alejandro, varias alfombras orientales y vasos de oro encontrados en las tiendas de los sátrapas. Tan sensacional hubo de ser la victoria del Gránico, que al acercarse Alejandro a Sardes, que era la capital de un territorio inmenso, el gobernador persa no intentó siquiera la resistencia y salió a recibirle acompañado de los principales de la ciudad. El prestigio del macedonio había penetrado en Asia.

En cambio, Alejandro tuvo que sitiar dos puertos griegos del Asia Menor: Mileto y Halicarnaso. Como no disponía de buques, estas ciudades marítimas creyeron que podían esperar el curso de los acontecimientos; sin embargo, a excepción del castillo de Halicarnaso, que demostró de una manera palpable ser inexpugnable, lo demás de la costa tuvo que entregarse al impetuoso macedonio.

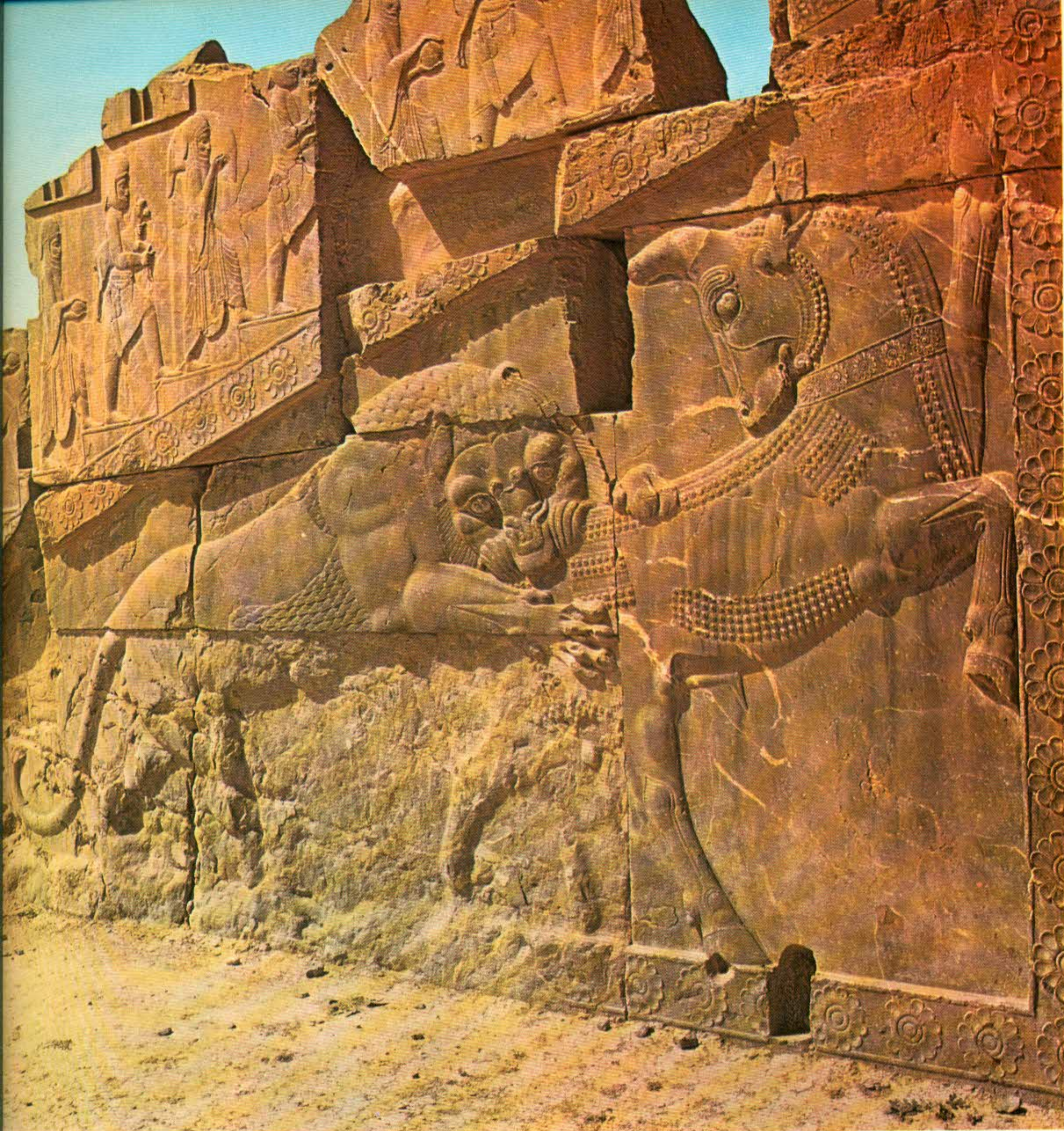
Hay que hacer aquí una digresión para comprender lo que va a seguir. En esta época, los sátrapas o gobernadores persas, como todos los oficiales asociados a su administración, estaban contagiados de helenismo y hasta podríamos calificarlos de corrompidos. Conservaban algo de los antiguos iranios y participaban en las ceremonias de los jonios, sus subordinados, a quienes vigilaban por cuenta del gran rey, pero vestían como los



griegos y hacían deportes a la moda helénica. Esto no quiere decir que no fueran fieles, pues mantenían su respeto a la verdad y a la obediencia, las grandes virtudes impuestas por Zarathustra. Pero carecían de aquella fuerza, entusiasmo y pasión que llevaba a los macedonios a conquistar el Asia. No se da el caso de que un sátrapa persa hiciera traición a su rey, pero tampoco hubo ejemplos de heroísmo entre los persas, como los había habido en la antigua expedición de Jerjes contra Grecia. Los sátrapas eran, en realidad, más funcionarios políticos que guerreros.

Alejandro todavía tuvo que detenerse casi un año en el Asia Menor para dejarla libre de enemigos. Era entrado ya el otoño del año 333 a. de J. C. cuando el ejército mace-

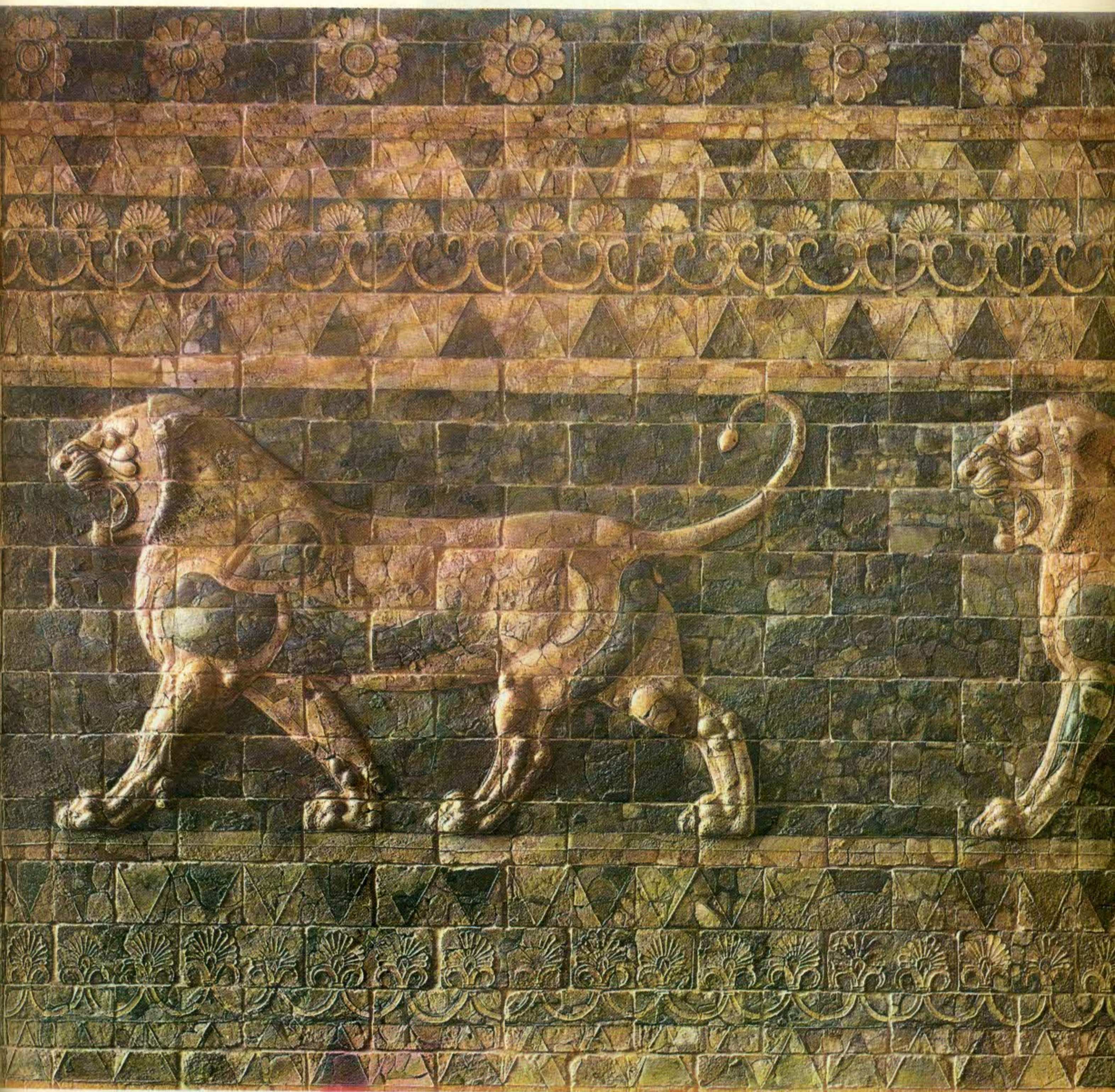
Estampa característica de Egipto, el país que se entregó sin resistencia a la dominación de Alejandro. Éste, a su vez, tomó posesión como heredero legítimo de los faraones, sacrificó a los dioses locales y fundó una ciudad, Alejandría, que durante el período helenístico fue el primer puerto del Mediterráneo y la capital de las artes y de las letras.



Relieve del basamento frontal del palacio de Darío I en Persépolis. En su avance por el Asia, y tras derrotar al ejército persa en Arbela, Alejandro entró triunfador en Babilonia, Susa, Persépolis y Ecbatana, destruyendo los palacios reales y proclamándose sucesor de los aqueménidas.

donio desembocó por los desfiladeros del Tauro en las llanuras de Cilicia. Allí le esperaba el gran rey, para detenerle antes de que pudiera invadir Siria. Darío se hallaba acompañado de muchos de los sátrapas del Asia, que habían acudido con sus familias como si se tratara de asistir a unas maniobras militares. Algunos de ellos, sin embargo, por vía de precaución, habían dejado sus harenes en Damasco, pero Darío tenía consigo a su madre, su esposa y sus hijas. No abrigaba la menor duda de que esta vez iba a dar el merecido castigo a aquel jovenzuelo atolondrado que se atrevía a amenazar al poder gigantesco de Persia.

Alejandro, desconociendo la situación exacta del campo enemigo, se había adelantado por el camino de la costa, donde quedaba poco espacio entre las montañas y el mar. Cuando supo que Darío estaba a sus



Detalle de la decoración de cerámica vidriada de la fachada del palacio real de Susa, que había sido escenario de la gloria del reino persa y asistía, con la llegada de Alejandro, al eclipse de una civilización importante en el Oriente clásico (Museo del Louvre, París).

espaldas, en lugar de escapar con su ejército, compuesto de tropas ligeras, a la persecución de los persas, Alejandro dio media vuelta hacia atrás, para hacer frente al enemigo. También esta vez los persas se habían atrincherado detrás de un riachuelo, cerca del golfo de Issos.

Pero en la jornada de Issos los persas estaban hacinados entre las montañas y la playa y esto permitió a Alejandro atacarles en condiciones casi favorables. También tuvo que vadearse el río y exponerse a las lanzadas de los persas que defendían la orilla; sin embargo, el resultado fue el mismo que en el Gránico: desmoralizados por el ataque de la caballería macedonia, los persas escaparon atropelladamente, y primero que todos huyó el rey Darío, abandonando su carro y perdiendo el manto y la lanza. Alejandro fue herido de un tajo en el muslo, pero las pér-



Un paso en la cordillera del Hindu-Kush, que el ejército de Alejandro tuvo que atravesar al fin de su complicado periplo por Asia antes de llegar al valle del Indo y descender hacia el mar.

didas de su ejército fueron insignificantes en comparación con los resultados obtenidos. Como trofeo principal del botín quedaba la tienda del gran rey. Alejandro aquella noche tomó el baño que estaba preparado para Darío.

Finalmente, en una correría efectuada contra la ciudad de Damasco, que Parmenio llevó a cabo sin dilación, Alejandro se hizo dueño de los harenes de los sátrapas y del tesoro real.

Otra nueva hazaña fue la toma de Tiro. Alejandro comprendió que para tener marina debía apoderarse de la vieja metrópoli fenicia, que por varios siglos había provisto a los persas de sus armadas. El sitio fue penosísimo; la ciudad estaba en una isla fortificada y se emplearon siete meses, desde enero

EUFORIA Y CRISIS ECONOMICAS EN LA GRECIA DE ALEJANDRO

Desde 334-333, inicio de las campañas de Alejandro en Asia Menor.

El territorio griego se incorpora a una unidad económica muy amplia cuyo eje es el Mediterráneo oriental, y sus rutas comerciales arrancan del mar Negro –productos del sur de Rusia–, mar Rojo –de Africa, Arabia e India– y de las ciudades del Asia Menor –punto de arribada de las caravanas del Este, Asia Central y China–.

El gran mercado oriental se ofrece a las ciudades griegas, que, con una producción artesana abundante, mano de obra hábil y adecuados medios de distribución, parecen ser las grandes beneficiarias de las conquistas de Alejandro.

El estímulo a la demanda que representan los grandes ejércitos constantemente en campaña, la paralización local de distintas producciones en las regiones en guerra, el aumento de la circulación monetaria por la acuñación de los tesoros orientales, provocarán un alza de precios e inflación favorable a los negocios.

Capitales acumulados por soldados y burócratas que regresan a Grecia o remitidos desde Oriente por emigrantes afortunados favorecen las inversiones en los pequeños talleres familiares o en la agricultura.

Desde 280-250, estabilización de los estados helenísticos.

Baja de precios general que repercutirá en una depreciación en Grecia del cultivo del vino y el aceite –productos base de la exportación–, agravada por la competencia de vinos y aceites orientales –perfeccionamiento de los métodos de cultivo en Oriente– y la aparición de sucedáneos.

Una parte de los campesinos griegos paliará la crisis con un aumento en el rendimiento de sus tierras y la aplicación de innovaciones técnicas, pero el período de dificultades se supera a costa del pequeño propietario endeudado, que hipotecará sus tierras a hacendados o a latifundistas con capitales suficientes para sostener las necesarias reformas.

Baja de precios general, aunque continúa en alza el precio de los cereales, de los que Grecia es deficitaria desde el siglo v. Inmovilización de fondos para la compra de trigo, importaciones regulares a cualquier costo, tasa de precios para evitar los alborotos de las clases humildes, son algunas de las cargas que las ciudades deben soportar.

El mercado oriental exige a la artesanía griega un crecimiento vertical de la producción y su constante perfeccionamiento cualitativo; parece que los capitales acumulados y el avance científico harán posible este desarrollo, que no llega a producirse.

A partir de la segunda mitad del siglo III, la industria oriental, que ha acrecentado considerablemente su producción, logra ser autosuficiente y aún acierta a invertir las corrientes comerciales, tornándose, en algunos productos, abastecedora de la península helénica.

La artesanía griega semiindustrializada hace frente a la crisis por un descenso en los rendimientos –paro obrero– y una reducción de costos –baja general de salarios–.

Grecia disminuye notablemente su actividad exportadora.

Grecia pierde su función económica de intermediaria principal entre Oriente y Occidente.

La actividad comercial se descentraliza y pequeños puertos cobran importancia, en perjuicio de los grandes centros anteriores: el Pireo disminuye su movimiento.

Causa y resultado de las razones anteriores: los tráficos y rutas comerciales se multiplican y diversifican y tienden a alejarse hacia el sur del Mediterráneo, hacia el triángulo Rodas-Delos-Egipto.

a agosto del año 332, para tomarla. Alejandro se empeñó en conquistar Tiro no sólo porque era el centro y arsenal de la marina fenicia, sino también porque el dios o Baal de Tiro se había identificado con Hércules, y Alejandro, que empezaba a alimentar la pretensión de un origen divino (teogamia de Olimpia con Hércules), quería abrazar a su padre o besarle las manos en la celda del templo donde estaba la estatua. Conseguido esto, pudo continuar su carrera hacia Egipto, la más rica de las satrapías occidentales.

Siguiendo la costa por la antigua ruta de Siria a Egipto, todavía se le resistió la filistea Gaza, última localidad antes de entrar en el desierto del sur de Palestina. También el sitio fue largo y durísimo, y también allí Alejandro fue herido en el hombro por una flecha.

Egipto se le entregó sin lucha, y desde el valle del Nilo avanzó hasta el famoso oasis de Amón. El viaje desde el Nilo al oasis donde estaba el templo de Amón duró diez días por un desierto falto de agua. Al fin pudo divisar entre los palmerales el templo apiramidado, coronado por la estatua del dios. El decano del sacerdocio, un viejo de largas guedejas, le condujo al lugar santo. Allí pudo preguntar lo que deseaba al ídolo, que contestaba a las cuestiones haciendo gestos con la cabeza. Preguntó si había vengado bastante la muerte de su padre. El gran sacerdote casi se indignó de la pregunta, porque Alejandro debía saber que su verdadero padre era el mismísimo dios Amón. Así divinizado por segunda vez (la primera fue el reconocimiento de su parentesco con Hércules en Tiro), Alejandro regresó a Menfis a encontrar a sus veteranos, ya con más derechos que el de ser un capitán, un militar, un generalísimo. Era o se sentía como un dios. Este elemento místico influyó mucho en las campañas sucesivas; comprendía por qué el oráculo de Delfos le había declarado "irresistible". Pero el macedonio práctico y ordenador que siempre alentó en Alejandro no le permitía cejar en su empeño de acabar con el imperio persa. Darío le había ofrecido dos



Estatua del orador Esquines (Museo Arqueológico, Nápoles). Este orador ateniense, rival de Demóstenes, trabajó para crear una unión panhelénica frente a los macedonios, pero fracasó en su intento. Su obra, que como su vida se desarrolló en pleno siglo IV, es un reflejo del pensamiento griego de su siglo.

LAS MONARQUIAS HELENISTICAS

En general, el helenismo se caracteriza por la expansión de la cultura griega por el Mediterráneo oriental y Asia occidental, junto con la fusión de la cultura y los elementos griegos y orientales. El helenismo tiene, pues, que ser concebido como una continuación de la cultura clásica, pero con la nueva savia que había supuesto la entrada de formas orientales. Por último, podría considerarse como el puente que uniría la Grecia clásica con el mundo romano.

En lo político se caracteriza por la desaparición del sistema de la ciudad-estado como unidad política fundamental. Van apareciendo grandes monarquías que abarcan enormes territorios, mientras la *polis* va quedando relegada a un segundo plano, aunque en algunos casos persista como órgano independiente. Finalmente, estas corrientes universalistas se darían tanto en lo político como en el pensamiento filosófico, dando por resultado la aparición de estados más amplios, como las monarquías helenísticas.

En Grecia existía desde antiguo la noción del superhombre político, de un personaje por encima de las leyes. En parte, así lo veían Platón y Aristóteles. En la segunda mitad del siglo IV a. de J. C. faltaba únicamente la aparición de alguna personalidad que revistiera las adecuadas características para tener asegurado gran parte de su éxito. En esta coyuntura histórica hizo su aparición el macedonio Alejandro Magno.

Las conquistas de Alejandro Magno, su indudable valor en el combate, su gran juventud le habían ido creando en el mundo antiguo una aureola que sobrepasaba los límites puramente humanos.

A la muerte de Filipo II, Alejandro se encontró en difícil situación, por lo que se vio obligado a reorganizar sus territorios en Grecia y en Macedonia, al mismo tiempo que aseguraba sus fronteras con los pueblos bárbaros. Todos estos problemas fueron resueltos vertiginosamente, pasándose a la segunda fase: la conquista del Imperio persa.

A pesar de que algunos factores –rivalidad entre los sátrapas, falta de combatividad del ejército persa– explican la facilidad de la conquista, sin embargo la celeridad y el ritmo impuestos por el ejército macedónico fueron avasalladores. En pocos años fue sometido todo el vasto Imperio persa e incluso se realizaron expediciones triunfales allende las fronteras, como la efectuada al norte de la India.

Sólo teniendo en cuenta estos factores puede comprenderse lo que después iban a suponer las llamadas monarquías helenísticas. Alejandro había conquistado Egipto, donde el soberano era considerado como hijo de la divinidad o la divinidad misma. En Persia, su rey tenía un poder muy por encima del de los gobernantes helenos. Los pueblos conquistados estaban habituados a un poder monárquico autocrático, mientras que en el mundo griego no se había dado anteriormente un poder personal tan fuerte ni siquiera durante las tiranías. Sería así como la concepción griega de la monarquía se vería fuertemente impregnada del concepto oriental, acentuándose con el establecimiento de la sede del Imperio en una ciudad oriental: Babilonia. Pronto Alejandro comenzaría a adquirir las formas del boato oriental. Se vestiría como los persas, haríase llamar hijo de los dioses e incluso aceptaría ser reconocido como una divinidad más. A ello se unió la misma corte persa, que, combinando la adulación con la admiración, incrementó estas concepciones.

Tras la muerte de Alejandro se abren dos concepciones diferentes de la monarquía según las dos zonas que abarcaba su Imperio: Oriente y Occidente. En las regiones griegas –Epiro y Macedonia–, el poder real estaba limitado por la colectividad, de la que el rey, en última instancia, era su defensor. En Oriente, el poder era autocrático y el rey basaba su poder en su propia persona. Era el poseedor del estado sin límite alguno.

En el siglo siguiente, el rey va entrando en una relación más estrecha con la divinidad, de la que su carácter divino es la expresión de su victoria. Con ello, cualquier intento de usurpación basado en la victoria podía tener validez. Para corregirlo se pasaría a la introducción del factor dinástico: los miembros de la dinastía son poseedores de una cualidad divina que un usurpador no puede poseer.

Las luchas entre los diadocos –generales de Alejandro– y los epígonos –hijos de éstos– iban a ensangrentar durante medio siglo el mundo antiguo, concluyendo con un reparto del poder entre los núcleos más poderosos, lo cual evidenciaba la imposibilidad de volver a reconstituir el antiguo imperio macedónico. Llegamos de esta forma a la aparición de las monarquías helenísticas, características de los últimos siglos de la República romana.

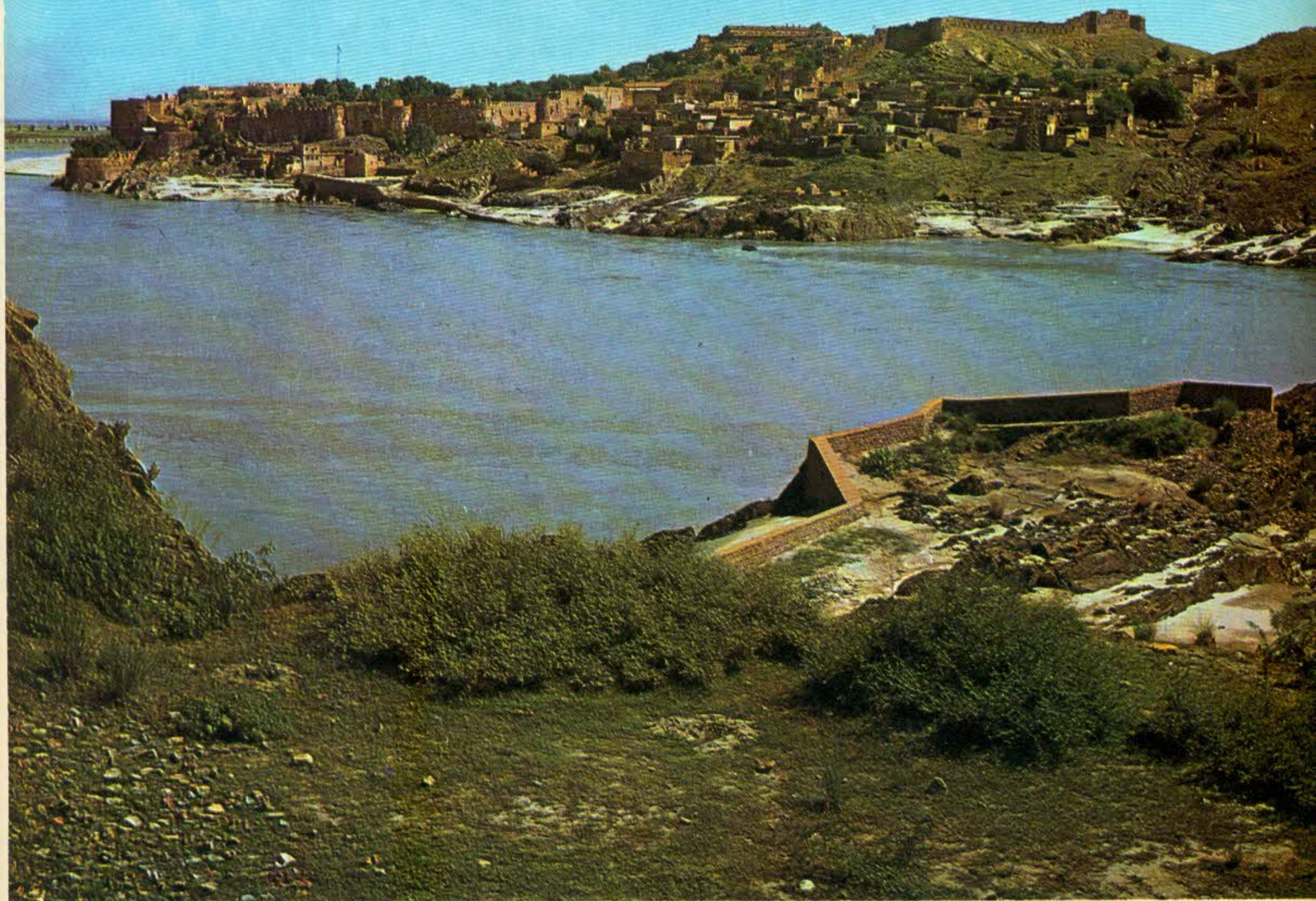
Se formaron tres grandes monarquías llamadas mayores: Antigónidas, Seléucidas y Lágidas, entronizadas en Macedonia, Siria y Egipto, respectivamente, y varias monarquías menores, como Pérgamo y Rodas. Este período hay que juzgarlo en relación con otra potencia que estaba alcanzando una enorme expansión por el Mediterráneo occidental: Roma.

La política de Roma era la de intentar un equilibrio de fuerzas en el Mediterráneo oriental. Cuando este equilibrio se rompió, el estado romano se vio obligado a intervenir con una política más bien defensiva, pero que, en definitiva, iría englobando a su creciente imperio todas estas potencias, y con ello el ideal monárquico autocrático iba a encontrar su más alto desarrollo en los emperadores romanos a través de un amplio proceso que, arrancando de Sila y César en los momentos de la agonía de la República, conseguiría su máximo desarrollo siglos más tarde con Diocleciano.

A. M. P.

veces una paz muy favorable. A cambio de darle entera posesión de todos sus territorios al otro lado del Éufrates, de casarle con su hija y entregarle 200 talentos de oro, se establecía la paz, para la que entregaba como rehén a su propio hijo. Alejandro no quiso aceptar. Estaba demasiado interesado también en la fundación de la primera Alejandría, *Alexandrea ad Aegyptum.* El plano de la ciudad lo marcó él con unas líneas hechas con harina. Señaló el lugar de los principales monumentos y en el sitio donde en su momento se construiría el teatro hizo declamar una obra griega. Como se ve, el gran conquistador mantenía su propósito de helenizar el Oriente.

En julio del 331 estaba otra vez en el Asia. Cruzando el Éufrates por el vado de Thapsaco, pronto le avisaron sus espías de que no lejos de allí le esperaba otra vez Darío con un ejército poderoso, cuyos escuadrones habían llegado de los países más lejanos de su imperio. Los persas habían aplanado el suelo para poder manejar sin obstáculo sus grandes masas en una llanura al este del Tigris, cerca de la moderna Arabelas. Allí se cruzaban las grandes rutas que venían del interior del Asia y que todavía hoy afluyen a Mossul. Había, pues, en el ejército de Darío persas, medos, babilonios, indos con elefantes, árabes con camellos y escitas a caballo. Hasta los mercenarios griegos que



Una vista del río Indo en su sector norte, límite de las exploraciones conquistadoras de Alejandro Magno.

acompañaban a Darío eran más numerosos que los que seguían a Alejandro. Disponían los persas, además, de una nueva arma de combate y de la que se esperaba un efecto análogo al de los modernos tanques de guerra. Eran unos carros cuyas ruedas estaban revestidas de cuchillos que al correr entre las masas enemigas debían obrar como mortíferos molinetes.

La fecha de la batalla ha podido fijarse exactamente porque se libró once días después de un eclipse de luna, que en aquella región del Asia ocurriría en julio del 331. Fue una derrota completa para los persas, y la victoria se debió a la furia con que Alejandro cargó sobre ellos, penetrando por un hueco de sus líneas a la cabeza de los *hetairoi*. Darío huyó otra vez; al cabo de un año moría asesinado por su consejero Bessus.

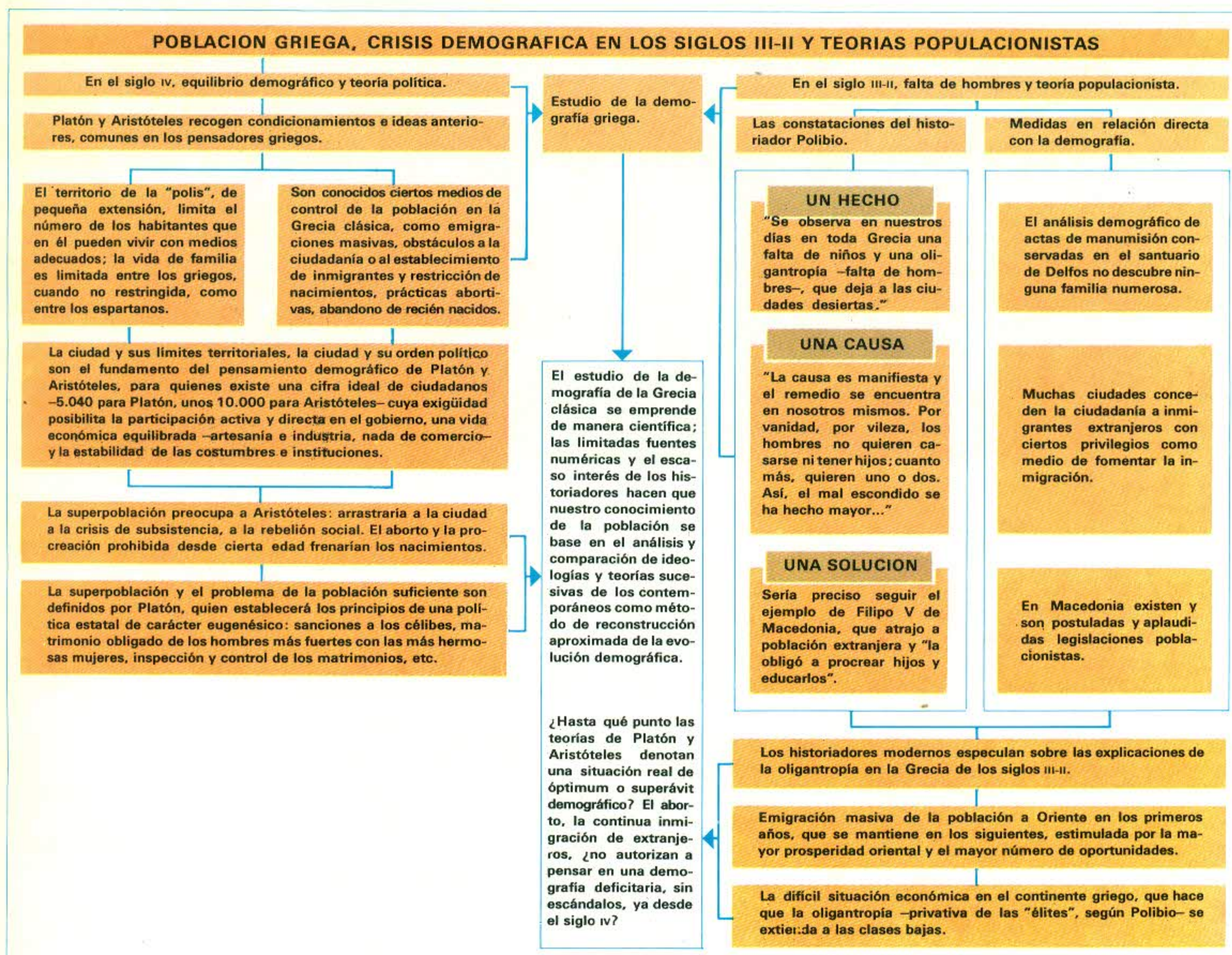
Del campo de batalla, Alejandro marchó a Babilonia, que estaba sólo a 500 kilómetros más hacia el Sur. Decimos "sólo" 500 kilómetros para dar al lector una idea de las enormes distancias que recorrió el macedonio. En esto, y en muchas otras cosas, sólo Bolívar puede comparársele; las marchas de César y Napoleón son simples paseos en comparación con las cabalgadas de Alejandro.

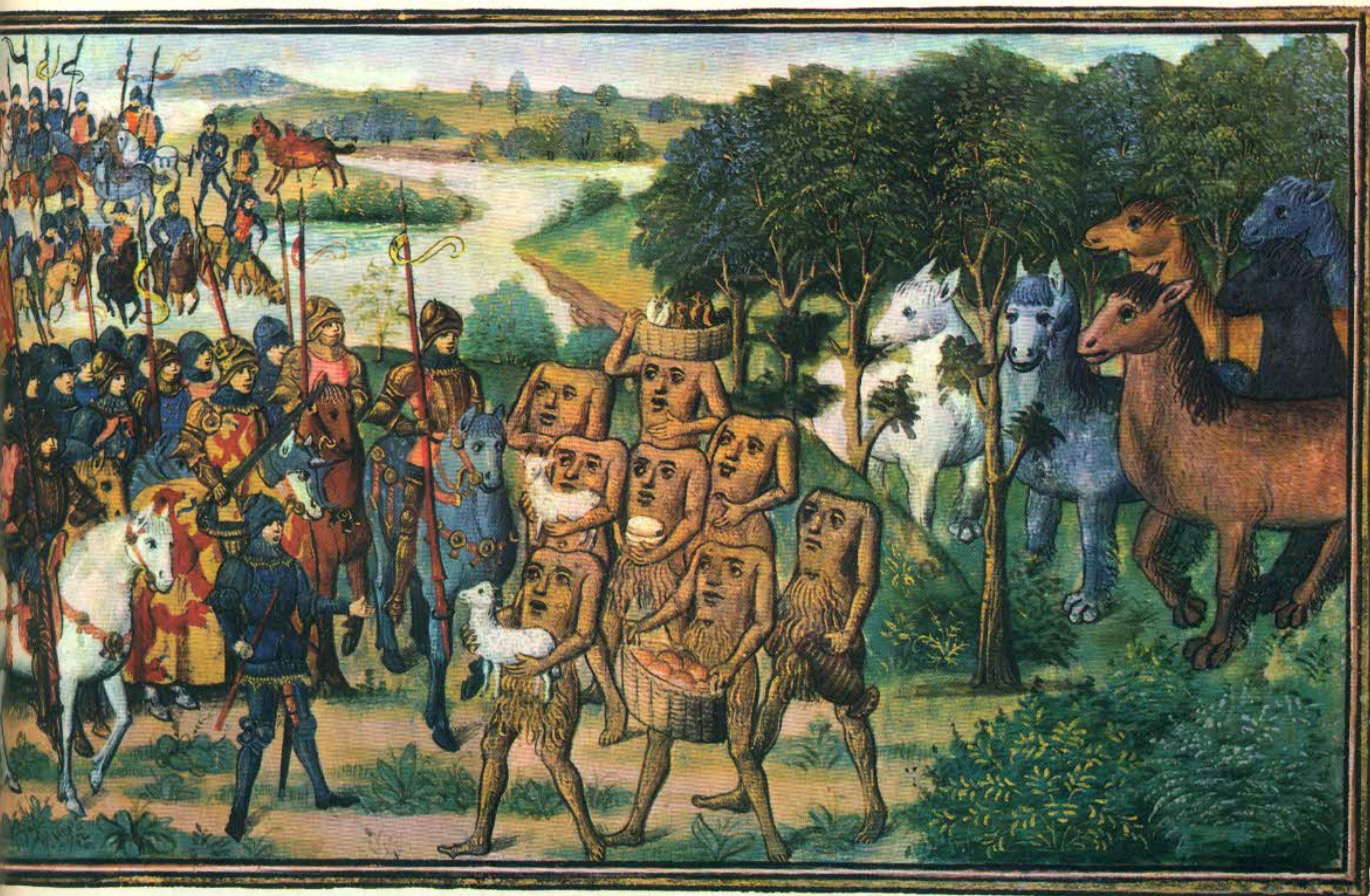
Babilonia le recibió sin reparo: los persas también eran extranjeros. De Babilonia, Alejandro marchó a Susa, la verdadera capital del Imperio persa, y allí se apropió del

enorme tesoro, que se dice era de unos 50.000 talentos de oro. Al entrar en Persia encontró seria oposición en los sátrapas montañeses, pero forzó los pasos y entró en Persépolis, donde estaba la necrópolis real, y en Pasargada, que era la ciudad santa del rey Ciro. En la primera halló 20.000 talentos de moneda acuñada y en la otra 6.000. Era la mayor parte del oro del Asia, recogido de las arenas de los ríos desde los tiempos prehistóricos y acumulado por los sátrapas, que poco a poco circularía por Occidente. Esto solo hubiera bastado para cambiar la faz mundial.

Después de haber incendiado el palacio de Jerjes, en Persépolis, como venganza del incendio de la acrópolis de Atenas por los persas del ejército de Jerjes, Alejandro marchó hacia Ecbatana y de allí empezó otra vez, sin descansar apenas, una nueva expedición, que debía durar hasta su muerte. Recorrió los desiertos salados del Turkestán, la Bactriana y el Afganistán, persiguiendo bandidos o cazando leones; se perdió más de una vez en las soledades inmensas que atraviesan el Oxus y el Yaxartes, y penetró en los hondos valles del Himalaya y del Hindu-Kush, donde después no ha vuelto a penetrar ningún hombre blanco. Ante el itinerario de Alejandro por Asia quedamos pasmados de la magnitud de su empresa. Ciertamente, no pudo acometerla tan sólo para ganar riquezas o lograr notoriedad. Hay en Alejandro un deseo de conocer y de vencer dificultades que casi no volvemos a encontrar en ningún hombre de estado.

Lo interesante es que en el corazón de Asia el ejército se mantenía fiel y adicto a Alejandro, aunque éste hacía esfuerzos para contentar a los orientales, adoptando algunas prendas de su vestido y la etiqueta de los persas. Pero en la tienda real se cantaba y jugaba en griego, se recitaban versos de Eurípides en los banquetes y hasta llegaban a la mesa del conquistador manzanas de Macedonia. Alejandro se había dado cuenta de que





Miniatura de un manuscrito del siglo XV *titulado "Historia del gran Alejandro" que representa el momento de la llegada del ejército de Alejandro a una tribu de salvajes (Museo del Petit Palais, París). Como todas las grandes exploraciones, el viaje de Alejandro por el Asia ha despertado la fantasía de los artistas de todas las épocas. Obsérvese la ingenuidad del ilustrador al crear los salvajes monstruosos y al vestir a las tropas de Alejandro con el atuendo militar del siglo* XV.

los encargos le llegaban más rápidamente por la vía del mar Negro que por el camino antiguo de Sardes, Nínive y Ecbatana.

Alejandro atravesó el Hindu-Kush durante el otoño del 327, por el paso de Khyber, y llegó al valle del Indo: un nuevo mundo. Allí estuvo más de un año; peleó, tomó ciudades, fundó otras para los inválidos que ya no podían seguirle, y vio cómo se cazaban los elefantes y los tigres. Los hombres de ciencia que le acompañaban se fijaron en muchas peculiaridades de aquellos países que parece sólo pueda estimarlas un etnólogo moderno; por ejemplo, Nearco y Megastenes mencionaron las castas que dividen la población de la India, las costumbres armas y vestidos de sus habitantes.

La campaña de la India fue buena y eficaz. Los persas habían sojuzgado una región que estaba gobernada por un príncipe llamado Taxila. Éste se ofreció a combatir con Alejandro a Poros, más al Sur, que tenía ambición de dominar todo el valle del Indo y sus afluentes. Poros esperaba a Alejandro con un ejército numerosísimo provisto de una legión de elefantes. También entonces Alejandro tuvo que vadear un río, el Hydaspes. Fue una batalla cruel, porque los macedonios, según Arriano, perdieron 310 veteranos, además de los aliados de Taxila. Allí murió también el caballo Bucentauro. Poros, que había dirigido la acción desde un colosal elefante, al fin se rindió y estableció paz perpetua con Alejandro. Ésta se confirmó acuñando una moneda con el elefante de Poros. El *hetairos* que quedó como regente debía fundar dos ciudades, una Alejandría y otra Bucentaria, en honor del noble corcel que le había servido desde su juventud.

Se supone que Alejandro tuvo personalmente curiosidad de conocer algo de la sabiduría de brahmanes y faquires. Plutarco reproduce algunas respuestas a las preguntas que les hizo:

ALEJANDRO. – Decidme, ¿quiénes son más numerosos, los muertos o los vivos?

BRAHMÁN. – Los vivos, porque los muertos no existen.

ALEJANDRO. – ¿Dónde están los mayores monstruos, en el mar o en la tierra?

BRAHMÁN. – En la tierra, porque el mar es parte de la tierra.

ALEJANDRO. – ¿Qué fue primero, el día o la noche?

BRAHMÁN. – El día es más viejo que la noche por sólo un día.



Efigie de Alejandro en un medallón que forma parte del tesoro de Tarsos.

Alejandro quería ir más allá, pasar el valle del Ganges y ver el extremo del mundo habitado por el Este; pero los soldados le pidieron que retrocediera y él accedió a medias: dispuso que el ejército fuera siguiéndole hasta la desembocadura del Indo y de allí, por la vía de tierra, regresó a Babilonia. El viaje de regreso fue muy penoso; haciendo esfuerzos sobrehumanos pudo explorarse la costa del Beluchistán. Mientras tanto, Nearco hacía el mismo camino hacia el Oeste por vía marítima. Desembarcó en las islas vecinas a la costa para dilucidar mitos extraños de sirenas de que había tenido noticia.

Alejandro murió en Babilonia el 13 de junio del 323 a. de J. C., cuando preparaba una expedición hacia Arabia. ¿Para qué iría Alejandro a Arabia? No, sin duda, para encontrar nuevas riquezas. Iría más para descubrir que para conquistar. He aquí algo nuevo en el mundo con Alejandro: el capitán explorador.

La curiosidad científica de Alejandro le hizo acompañarse en sus campañas de verdaderos hombres de ciencia. Tenían que recordar en sus escritos lo que vieran en el Lejano Oriente. Así lo hicieron, y sus relaciones, en parte perdidas, pero de las que se

Estela funeraria de Proclés, de hacia 330 a. de J. C., con la clásica escena de la despedida del difunto (Museo Nacional, Atenas).



Sarcófago llamado "de Alejandro", de mármol policromado, obra del siglo IV antes de J. C. procedente de la necrópolis real de Sidón, en Fenicia (Museo de Arte Antiguo, Constantinopla). En sus cuatro caras aparecen personajes persas y macedonios que combaten denodadamente o bien cazan juntos. Probablemente, el sarcófago estuvo destinado a un reyezuelo sidonio admirador de Alejandro y de todo lo heleno.

han conservado fragmentos, fueron la base del conocimiento geográfico y biológico desde la época romana hasta el Renacimiento. En estos escritos, memoriales de los compañeros sabios o aficionados de Alejandro, se deslizan recuerdos biográficos del conquistador. Hasta se conservan día por día los partes de los médicos durante su última enfermedad.

Además se compusieron *Vidas* de Alejandro de un interés histórico algo novelesco, pero que hacen del macedonio el héroe más romántico que ha existido. Ni Carlomagno ni incluso Napoleón despiertan en nosotros la admiración que causa el macedonio Alejandro.

Sus actos, conocidos en gran detalle, son de una ejemplaridad irreprochable. Se mantuvo casto hasta casarse con la princesa Roxana, hija de un jefe montañés de la Bactriana. Hubiese debido aceptar como concubina a la hija del gran Darío. Era casi un deber, una tradición asiática inevitable, que el vencedor ocupara el tálamo del rey vencido. Alejandro, la noche de la batalla del Issos, oyó los lamentos de las mujeres del harén del gran rey que esperaban que el conquistador las tomara como posesión legítima; pero el joven macedonio no abusó de su situación. Estas y otras hazañas parecidas, divulgadas por sus biógrafos Arriano y Quinto Curcio, explican por qué Alejandro fue reconocido como el caballero ideal por los trovadores de la Edad Media europea. Y en Oriente, a través de su literatura, Alejandro es todavía Al-Iskander, el que comparte junto con Salomón el sapiente la gloria del más elevado ser humano: el caudillo macedonio, por sus heroicas o caballerescas empresas, y el monarca hebreo, por su proverbial sabiduría.

BIBLIOGRAFIA

Aymard, A., y Auboyer, J.	*Oriente y Grecia antigua,* Barcelona, 1963.
Bikerman, E.	*Institutions des Séleucides,* París, 1938.
The Cambridge	*ancient history* (vols. VI y VII), Cambridge, 1964.
Glotz, G.	*Histoire générale* (vol. IV), París, 1945.
Jouguet, P.	*El imperialismo macedónico y la helenización de Oriente,* México, 1958.
Meyer, E.	*Alejandro Magno y la monarquía absoluta,* en "El historiador y la Historia antigua", México, 1955.
Mondolfo, R.	*El pensamiento antiguo* (vol. II), Buenos Aires, 1964.
Rostovtzeff, M.	*Historia social y económica del mundo helenístico,* Madrid, 1967.
Tarn, W.	*The Greks in Bactria and India,* Cambridge, 1966.
Tarn, W., y Griffith, G.	*La civilización helenística,* México, 1969.
Tovar, A.	*La decadencia de la polis griega. Problemas del mundo helenístico,* Madrid, 1961.



Estela funeraria de mediados del siglo IV a. de J. C. con representación de un guerrero con el atuendo militar que llevaban las tropas griegas de Alejandro (Museo Nacional, Atenas).